

# historia reciente

junio '07

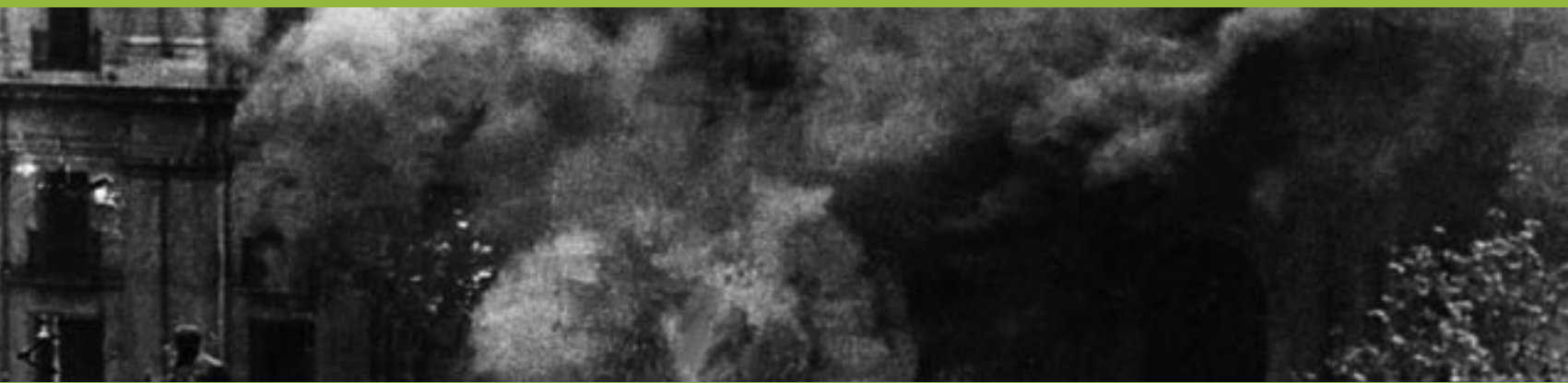
11/25

DESDE HIROSHIMA A LAS TORRES GEMELAS

**EL PAÍS**



UN CONTINENTE ENTRE LA REVOLUCIÓN Y LA REPRESIÓN

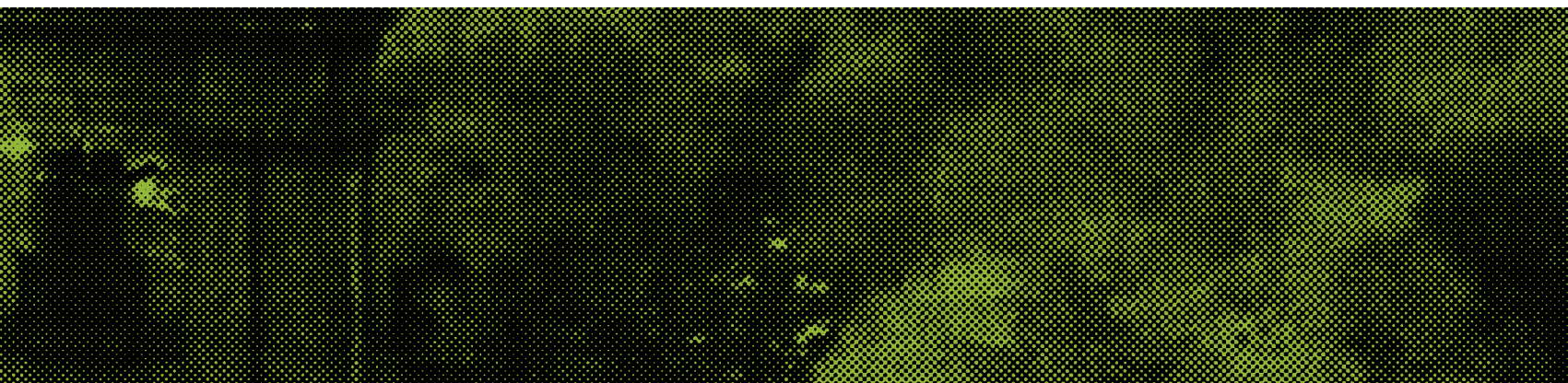


PERONISMO Y ANTIPERONISMO EN ARGENTINA / EL CHILE DE ALLENDE

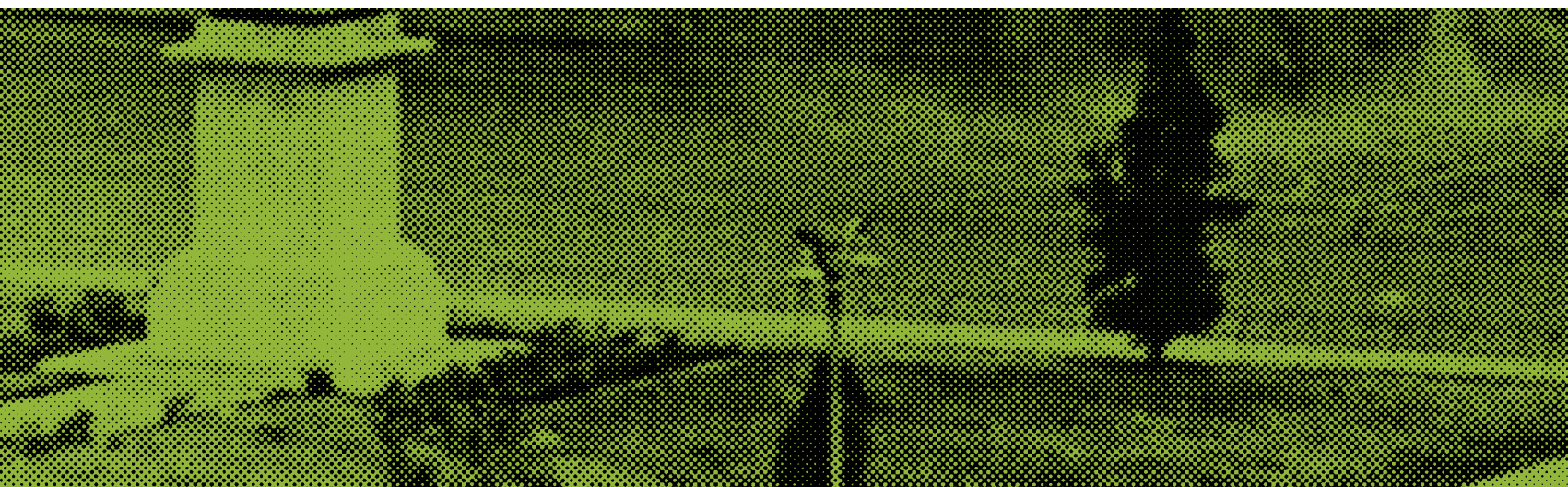


## América Latina en llamas





11/25







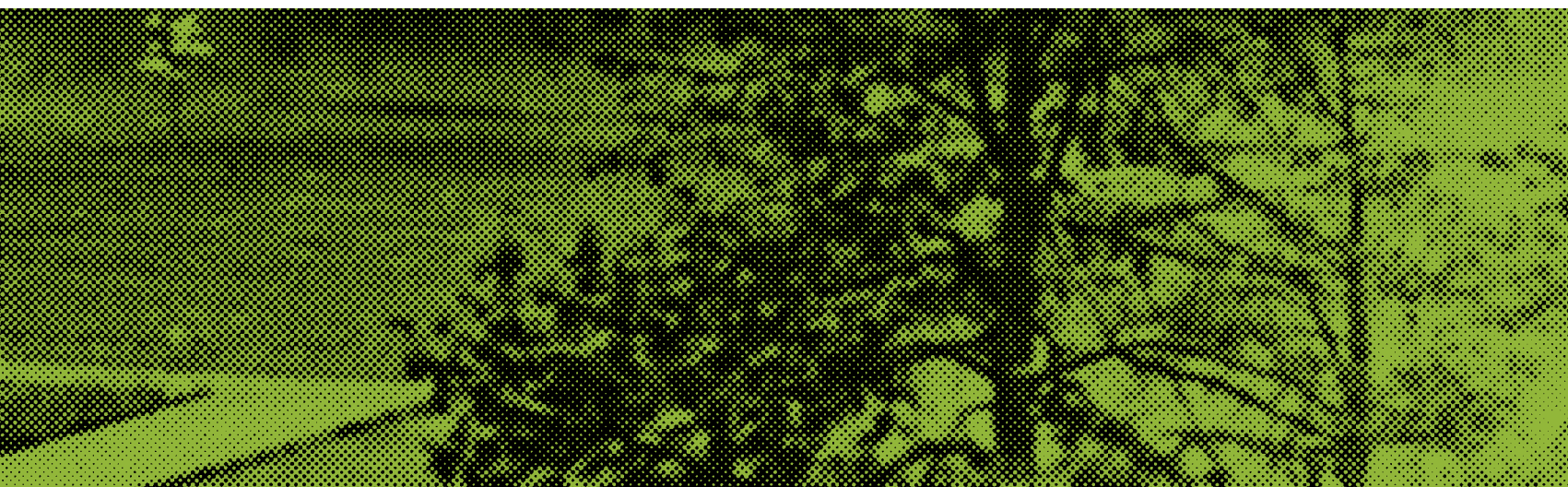
ÍNDICE DEL FASCÍCULO

# Historia de la crisis argentina

PÁGINA 6

## RECUADROS

EVITA **P. 7** / ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA *Por Pablo da Silveira* **P. 9** / MÉXICO EN LOS AÑOS 60  
*Por Javier Bonilla Saus* **P. 10** / MONTONEROS **P. 12** / SALVADOR ALLENDE **P. 13** / EL MIR CHILENO:  
UN AUTOENGAÑO FATAL *Por Martín Peixoto* **P. 14** / BIBLIOGRAFÍA **P. 19** / CONTRATAPA. PERÓN: UNA  
VISIÓN DESDE ARGENTINA *Por Félix Luna* **P. 20.**







## INTRODUCCIÓN

El clima social, político y cultural que solemos identificar con los años sesenta empezó a gestarse a fines de la década anterior y se extendió hasta principios de los setenta. Esa “década larga” (gruesamente: desde Elvis Presley hasta el fin de la Guerra de Viet Nam) fue en casi todo el mundo una época de cambios, esperanzas y protestas. En Europa Occidental y Estados Unidos, los rigores de la posguerra habían quedado atrás. Las instituciones políticas funcionaban y la abundancia material era un dato que ya no causaba asombro. Los combates heroicos de la Segunda

Guerra Mundial habían sido sustituidos por las sórdidas luchas de la Guerra Fría. La gente vivía más, comía mejor y creía menos en sus líderes políticos.

Fue en ese contexto que surgieron el arte pop, el rock and roll y el movimiento hippie. Fue en ese clima que los negros estadounidenses lucharon por sus derechos y los jóvenes de muchas ciudades protestaron contra el mundo de sus padres. Fue un tiempo intenso y contradictorio en el que se unieron la esperanza y el conflicto, la generosidad y la irracionalidad, la búsqueda de la justicia y el rechazo a las instituciones que protegían la libertad.

Los años sesenta también fueron un momento de efervescencia en

lafotodeportada



**11 de setiembre de 1973:**  
La Casa de la Moneda  
bombardeada durante  
el golpe contra Allende.

# 1960.~

**[...] Los años sesenta también fueron un momento de efervescencia en América Latina. Eso fue en parte el reflejo de cosas que ocurrían lejos, y en parte el resultado de fenómenos locales. La revuelta juvenil era mundial, aunque en Europa y Estados Unidos iba asociada a la abundancia y en América Latina acompañaba a la escasez.**

América Latina. Eso fue en parte el reflejo de cosas que ocurrían lejos, y en parte el resultado de fenómenos locales. La revuelta juvenil era mundial, aunque en Europa y Estados Unidos iba asociada a la abundancia y en América Latina acompañaba a la escasez. Las fuertes tensiones sociales y políticas tenían causas más específicamente latinoamericanas, como la influencia de la revolución cubana, el progresivo agotamiento del desarrollismo dirigido desde el estado y el deterioro de los términos de intercambio (es decir, la creciente distancia entre los precios de los productos que los países latinoamericanos vendían

y los precios de los productos que debían comprar).

Las crisis económicas y las oleadas de inestabilidad política sacudieron al continente. Las opiniones se polarizaron y la violencia apareció como un recurso cada vez más usado para dirimir conflictos. Para algunos fue una época de frescura y nuevas búsquedas que terminó aplastada por la represión. Para otros fue un período de crispación y de enorme confusión ideológica que empujó a nuestros países hacia el desastre. En esa época febril ocurrieron algunos procesos políticos que dejaron una honda huella en la región. ■



# Historia de la crisis argentina

EN 1914 ARGENTINA ERA EL SEXTO PAÍS MÁS RICO DEL PLANETA, el segundo más urbanizado del mundo y uno de los que más atraía inversiones. Su producción industrial había crecido dos veces y media entre 1900 y 1913, y volvería a duplicarse entre 1914 y 1929. ¿Cómo explicar que haya enfrentado tantos derrumbes económicos y tantas crisis políticas desde entonces?

El desarrollo trunco de la Argentina se debe, entre otras razones, a que durante muchos años pudo sostener una intensa actividad industrial sin necesidad de hacerla eficiente. Su inestabilidad política se debe en buena medida al conflicto entre una dirigencia que quiso construir instituciones mientras excluía a gran parte de la sociedad, y una dirigencia alternativa que quiso incluir a las grandes masas pero envileció las instituciones. El estado estuvo siempre en el centro de la escena. Pero casi nunca fue visto como un referente común, sino como un instrumento que había que controlar para imponerse a los demás. Pese a una historia cargada de crisis y tragedias, Argentina nunca dejó de tener una sociedad dinámica y una rica vida cultural.

A fines del siglo XIX, Argentina vivía de sus exportaciones agrícolas. Pero sus gobiernos querían desarrollar la vida urbana y la industria, y para eso se propusieron atraer europeos. Entre

1879 y 1914 llegaron seis millones de inmigrantes. Se esperaba que esa población aportara conocimientos técnicos y empuje comercial.

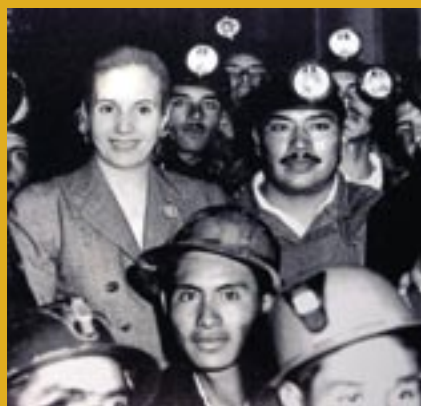
La apuesta funcionó a medias. Los inmigrantes efectivamente llegaron, pero carecían de capital. La capacidad de inversión seguía en manos de los productores agropecuarios, que no tenían incentivos para diversificarse porque su negocio era muy rentable. Los inmigrantes también trajeron empuje y experiencia comercial, pero sus conocimientos tecnológicos eran reducidos. Entre ellos, los artesanos eran mucho más que los ingenieros.

Pese a todo, la industria argentina consiguió despegar. Y tal como se esperaba, sus principales impulsores fueron los inmigrantes: en 1914, dos tercios de los industriales y comerciantes habían nacido fuera del país. El sector pudo crecer gracias al aumento de la población y al alto costo de los fletes, que generaba una suerte de “protección natural”. Pero era una industria orientada al consumo interno, que solo incorporaba tecnología elemental. La economía argentina quedó así constituida por un sector agropecuario fuertemente exportador y una industria casi artesanal volcada al mercado interno.

Este modelo enfrentó dificultades en los años treinta, cuando se combinó una fuerte crisis mundial con dos tendencias que empezaban a insinuarse: el descenso de los costos de transporte y el deterioro de los precios en los mercados agropecuarios. Para proteger la producción nacional, los argentinos decidieron sustituir el “proteccionismo natural” por las barreras aduaneras. La industria pudo seguir creciendo, pero no tuvo motivos para madurar.

La crisis y las medidas proteccionistas generaron una fuerte caída de las importaciones. Lo mismo ocurrió en los demás países de América del Sur. Algo más tarde, la Segunda Guerra Mundial obligó a los países del norte a concentrarse en la industria militar y en el abastecimiento propio. La industria argentina pudo entonces aprovechar su mayor desarrollo relativo para vender en los países vecinos. Entre 1932 y 1944, el producto industrial se duplicó.

Una vez más, la industria había conseguido crecer sin alcanzar altos niveles de calidad. La incorporación de tecnología seguía siendo baja, en parte por falta de incentivos y en parte a causa de la guerra. En 1938, el establecimiento industrial promedio de Argentina utilizaba 10 veces menos caballos de fuerza que el establecimiento industrial promedio de Estados Unidos. En 1953, la diferencia sería de 1 a 30.



△ Eva Perón.



Argentina salió de la guerra con grandes reservas económicas: durante esos años había exportado mucho e importado poco. Pero los industriales se sentían amenazados y pedían protecciones. A esos reclamos se sumaba una convicción muy difundida entre los militares y políticos que rodeaban a Perón: casi todos ellos esperaban un ciclo parecido al que había ocurrido tras la Primera Guerra Mundial, cuando la paz fue seguida de la recesión, del derrumbe del orden económico internacional y de una nueva guerra. En esta oportunidad, la guerra sería entre el capitalismo y el comunismo. Pero su efecto sería nuevamente el colapso del comercio mundial.

Esta convicción tendía a reforzar una situación de aislamiento que ya vivía el país. Desde hacía años Argentina arrastraba un conflicto con Estados Unidos, que era en parte un choque de intereses (ambos eran productores de trigo) y en parte una consecuencia de lo que se percibía como las simpatías argentinas hacia la Alemania nazi. El gobierno de Buenos Aires no declaró la guerra a Alemania hasta que casi fue forzado a hacerlo y, en la Conferencia Panamericana de 1942, bloqueó el intento estadounidense de liderar una alianza de las tres Américas contra el eje Roma-Berlín. Más tarde dio protección a antiguos jerarcas nazis. Estados Unidos respondió con embargos de armas y con sanciones económicas.

En febrero de 1964 Perón fue electo presidente con el 52,4 por ciento de los votos tras una campaña electoral que giró en torno a la consigna *Braden o Perón* (Spruille Braden era un embajador estadounidense fuertemente injerencista). Su gobierno se propuso dos grandes metas: impulsar una nueva etapa de desarrollo industrial y elaborar un plan quinquenal que tuviera como objetivo la autosuficiencia productiva. El estado asumió un fuerte liderazgo económico, principalmente mediante la participación de las fuerzas armadas en la producción industrial (el gasto militar pasó del 17 por ciento en 1943 al 43 por ciento en 1945). También controló las importaciones, dirigió el mercado de cambios y fijó precios para el agro. Los costos de estas medidas, y de un conjunto de ambiciosas políticas sociales, fueron financiados con impuestos a las exportaciones agropecuarias.

Perón estaba enfrentando a los productores rurales, que siempre habían sido un factor de poder. Para resistir sus presiones contaba con las fuerzas armadas y con un inmenso aparato de movilización popular. Grandes sectores de la sociedad estaban siendo incorporados al ejercicio de los derechos políticos y al consumo.

Pero esto no se hacía mediante políticas sometidas a control parlamentario, sino a través de una enorme estructura sindical que respondía al peronismo.

Perón había desempeñado una misión militar en Italia durante el gobierno de Mussolini. Su proyecto de “comunidad organizada” estaba fuertemente inspirado en el corporativismo fascista. Muchas tareas que en los países democráticos están en manos del estado (por ejemplo, la administración de la seguridad social) pasaron a manos de los sindicatos. En 1945 había tres veces más gremios afiliados a la CGT que en 1941. Las masas movilizadas se convirtieron en un arma de intimidación. La estrategia tenía un claro componente clientelista, pero era también una respuesta al carácter fuertemente excluyente que había tenido hasta entonces la política argentina.

En los años siguientes, Perón construyó un poder casi absoluto. En 1946 destituyó a los miembros de la Corte Suprema de Justicia y purgó al Poder Judicial. Luego despidió a miles de profesores universitarios. En 1947 cerró los semanarios de la oposición y se adueñó de las radios. En 1951 cerró el diario La Prensa y lo entregó a la central sindical CGT. Cada uno de estos actos contó con el respaldo de un Congreso que controlaba por completo. Esa mayoría era considerada un argumento suficiente para tomar decisiones que limitaban las libertades e ignoraban la separación de poderes.

En las elecciones legislativas de 1948, Perón volvió a aumentar sus apoyos parlamentarios. Con excepción de los radicales, los partidos de oposición casi habían desaparecido. En 1949 modificó la Constitución para poder ser reelecto. En 1951 volvió a triunfar con un abrumador 64 por ciento de los votos. La construcción del modelo corporativista dio un paso más en 1951, cuando se creó la Confederación General de Profesionales, la Confederación General Universitaria, la Unión de Estudiantes Secundarios y una organización de empresarios llamada Confederación General Económica (CGE).

El crecimiento económico no se buscaba mediante las exportaciones sino mediante el aumento del poder de compra de la población. El salario real en las ciudades era en 1949 un 70 por ciento más alto que en 1945. Para 1950, más del 80 por ciento de la carne y un porcentaje similar de los granos se volcaban al consumo local. Los productores estaban obligados a vender su producción al estado, que luego la comercializaba y les pagaba discrecionalmente. Entre 1947 y 1949 se pagó a los exportadores de trigo

## Evita

El acta de nacimiento dice que nació el 7 de mayo de 1922, pero se cree que es una falsificación. Según el certificado de bautismo, habría nacido el 21 de noviembre de 1919. Su padre era Juan Duarte, un estanciero que no la reconoció. Su madre era Juana Ibarguren, hija de una puestera y de un carrero.

En 1930 Juana y sus hijos se instalaron en la ciudad de Junín, Provincia de Buenos Aires, donde Eva pudo terminar la escuela. No era buena alumna pero mostró talento para la actuación. Su sueño era emigrar a la capital.

Lo logró en 1935, a los 15 años. Sin saberlo todavía, fue parte del aluvión migratorio que constituiría la base social del peronismo: los llamados “cabecitas negras”. Contra lo que luego dirían sus detractores, logró cierto reconocimiento como actriz teatral.

Eva conoció a Perón en 1944, cuando el militar estaba al frente de la Secretaría de Trabajo. Un mes más tarde vivían juntos. Se casaron en octubre de 1945. Sus primeras actuaciones públicas ocurrieron durante la campaña presidencial de 1946. Al principio causó asombro, porque las esposas de los candidatos casi no aparecían en público. Pero Evita rompió ese tabú. Tras las elecciones pronunció un discurso en el que reclamó el voto femenino. El nuevo gobierno preparó un proyecto de ley y Evita hizo campaña.

En 1949 fundó el Partido Peronista Femenino. Ese mismo año impulsó una reforma de la Constitución que introducía la igualdad jurídica de los cónyuges y la patria potestad compartida. Pero su gran impacto llegaría con las obras de beneficencia que dirigió desde la fundación que llevaba su nombre: haciendo un uso muy discrecional de fondos públicos, pero con un involucramiento personal muy genuino, ayudó a madres solteras y a familias indigentes, fundó escuelas, construyó hospitales y asilos de ancianos. Además medió en las complejas relaciones entre Perón y los sindicatos.

A principios de los años cincuenta supo que padecía cáncer de útero. Murió a los 33 años, el 26 de julio de 1952. El gobierno decretó un duelo de un mes y la CGT realizó un paro de tres días. Su cuerpo embalsamado se trasladó a la sede de la CGT, donde estuvo expuesto hasta 1955.

La muerte la convirtió en un símbolo en torno al que se libraban batallas. En las escuelas, los alumnos debían aprender versos que decían: *Cantemos una ronda mirando al cielo/ Eva nos hace señas con un pañuelo/ un ángel la perfuma y otro la peina/ Eva está tan bonita como una reina*. Era una forma de culto a la personalidad que iba más allá de todo lo aceptable en una democracia. Pero la oposición antiperonista no se quedaba atrás y respondía con atrocidades como: *¡Viva el cáncer!* Tras haber sido objeto de secuestros, viajes clandestinos, entierros secretos y exhumaciones, el cuerpo de Evita descansa en Buenos Aires, en el cementerio de La Recoleta. ■



△ **Eva y Perón:** dejándose adorar por la multitud.

menos de la mitad de lo que pagaban los mercados internacionales.

Estas políticas aumentaron el aislamiento de Argentina y afectaron la inversión en el sector agropecuario. Entre mediados de los años treinta y mediados de los cincuenta, la productividad del sector agrícola argentino creció menos de la mitad que la productividad del sector agrícola estadounidense. Para 1955, las exportaciones como porcentaje del PBI eran la tercera parte que en 1928. La industria crecía gracias a la demanda interna, pero se orientaba a producir artículos de consumo. Si bien la retórica oficial decía lo contrario, nunca se desarrolló una industria de alta tecnología. Mientras tanto, el déficit comercial se disparaba y el gasto público se duplicó entre 1943 y 1947.

A principios de los años cincuenta, las reservas acumuladas durante la guerra se habían agotado. Acosado por la inflación, Perón dio un giro total en 1952. Su programa de estabilización incluía el

congelamiento de salarios, los incentivos a la inversión extranjera, una devaluación para alentar las exportaciones y fuertes apoyos al agro. Las medidas tuvieron efectos positivos en lo económico, pero generaron descontento en una población acostumbrada a la abundancia. La oposición cobró fuerza y tuvo como respuesta un rebrote de la violencia política: en 1953 fueron arrasados el Jockey Club y varias sedes opositoras.

Las cosas empeoraron cuando, en 1954, Perón entró en conflicto con la influyente Iglesia Católica. Ese año cortó las subvenciones a las escuelas privadas y suprimió la educación religiosa en las escuelas públicas, además de lanzar una campaña de prensa en contra del catolicismo.

No es fácil saber por qué Perón generó ese conflicto. Algunos piensan que lo hizo porque la Iglesia Católica era una aliada histórica del sector agroexportador. Otros señalan la necesidad de mantener un estado de movilización. Otros men-

cionan los efectos de la muerte de Evita en 1952. En cualquier caso, las medidas generaron la protesta de varios grupos católicos y de los partidos de oposición. El 11 de junio de 1955, día del Corpus Christi, se produjo una inmensa manifestación callejera.

El 16 de junio hubo un intento de golpe. Aviones militares sobrevolaron el centro y lanzaron bombas que causaron centenares de muertes. Los peronistas respondieron saqueando e incendiando iglesias. La CGT repartió armas entre los trabajadores.

Perón intentó inicialmente calmar las aguas, pero luego cambió de táctica. Ante una inmensa manifestación convocada por la CGT, lanzó algo muy parecido a una convocatoria a la guerra civil: "A la violencia hemos de contestar con una violencia mayor. (...) Aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden... puede ser muerto por cualquier argentino. (...) Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos". Ese discurso terminó de convencer a los militares de que Perón debía ser removido. El 16 de setiembre estalló una revuelta dirigida por el general Eduardo Lonardi. Tras varios días de combates, Perón se refugió en la embajada de Paraguay. El 23 de setiembre de 1955, Lonardi juró como presidente provisional.

La "Cruzada Libertadora", como ampulosamente se llamó al movimiento, se propuso borrar todo rastro del peronismo. Pero lo que se abrió en los hechos fue un largo período de inestabilidad política y de estancamiento económico. Entre 1955 y 1973 hubo 10 presidentes, la mitad de los cuales fueron generales. El agro recibió un mejor tratamiento, pero los mecanismos de protección no se desarmaron. La diferencia fue que, esta vez, la factura la pagaron los trabajadores. Un ejemplo ilustrativo es el de la industria automotriz. Entre 1959 y 1970, las importaciones para asegurar el funcionamiento de esa industria alcanzaron los 900 millones de dólares. Pero Argentina solo exportó autos por 45 millones. El resultado de esta combinación de políticas fue que, entre 1955 y 1974, el

1945-1951

1952-1955

## ► cronología

- 1945** **9 de octubre:** Perón renuncia temporalmente a sus cargos y es internado en la isla Martín García
- 17 de octubre:** Perón vuelve al gobierno tras recibir un inmenso apoyo popular.
- 1946** **4 de junio:** Perón asume como presidente de Argentina.
- 1951** **11 de noviembre:** Perón es reelecto como presidente de Argentina.

- 1952** **4 de junio:** Perón inicia su segundo período como presidente de Argentina.
- 1954** **27 de junio:** Jacobo Arbenz es derrocado en Guatemala, al cabo de una operación montada por la CIA.
- 1955** **19 de setiembre:** la "Revolución Libertadora" derroca a Juan Domingo Perón.
- 23 de setiembre:** el general Eduardo Lonardi jura como nuevo presidente de Argentina.
- 25 de setiembre:** Perón parte al exilio en una cañonera paraguaya.



PBI per cápita de Argentina creció cuatro veces menos que el de España

Lonardi puso a un peronista al frente del Ministerio de Trabajo y logró cierta paz con los sindicatos. Pero su política conciliadora fue rechazada dentro del ejército. El 13 de noviembre de 1955 fue sustituido por el general Aramburu, que prometió una “regeneración democrática”. Pero la situación era compleja. Los antiperonistas aspiraban a construir una Argentina libre de corporativismo, pero la mitad de la Argentina respaldaba ese modelo. La nueva conducción económica quería fortalecer las exportaciones, pero la industria protegida ejercía presión. Todos tenían la capacidad de impedir y nadie la capacidad de hacer.

En 1957, un intento de “desperonizar” a los sindicatos condujo a un pico de conflictividad. El gobierno intentó contener el descontento mediante subas de salarios, pero solo consiguió disparar la inflación. Ese año se realizaron elecciones para una Asamblea Constituyente que debía anular la reforma realizada por Perón en 1949. Pero hubo una mayoría de votos en blanco, lo que demostró que el peronismo seguía siendo la principal fuerza política. La Asamblea Constituyente terminó languideciendo.

En febrero de 1958 hubo elecciones nacionales en las que triunfó el radical Arturo Frondizi. Perón había convocado a sus seguidores a votarlo. Aunque en ese momento no se supo, existía un pacto secreto que cambiaba votos por una rápida desproscripción.

El gobierno de Frondizi intentó mantener complejos equilibrios. Por una parte, tomó medidas para aumentar la inversión extranjera. Por otro lado, ofreció a los inversores un mercado protegido y oligopólico. Como no quería problemas con los sindicatos, se preocupó por mantener altos niveles de empleo y no afectar los salarios. Pero sabía que la situación económica era frágil, de modo que se opuso a las demandas de mejora. Frondizi no quería que Argentina volviera al peronismo, pero sabía que no podía chocar frontalmente con Perón. En el curso de su gobierno cumplió solo parcialmente con el acuerdo: amnistió a

## Estados Unidos y América Latina

Por Pablo da Silveira

> Durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX, la política estadounidense para América Latina fue un ejemplo de tosquedad. Las preocupaciones de Washington parecieron limitarse a defender sus intereses económicos e impedir que surgiera otra Cuba. Mientras la política para Europa Occidental era sofisticada, la política hacia América Latina era primitiva.

El hábito de considerar amigos a los enemigos de los enemigos llevó a apoyar dictaduras de derecha que solo sobresalían por su corrupción y su autoritarismo. La dinastía de los Somoza en Nicaragua y la cleptocracia de Stroessner en Paraguay fueron ejemplos duraderos. Los norteamericanos veían a esas figuras como frenos contra el comunismo, pero rara vez percibieron los costos. Para millones de latinoamericanos, “la gran democracia del norte” era el sostén de las tiranías. Los dictadores de América Latina aprendieron que bastaba con mostrar una actitud anticomunista para tener apoyo. No siempre quedó claro quién manipulaba a quién.

La vigilancia anticomunista y la defensa de los intereses económicos condujeron a acciones que violaron el derecho internacional y ofendieron a las poblaciones locales.

Un primer ejemplo es el golpe contra el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala. Arbenz era un político de izquierda con inclinaciones populistas. Había sido electo en 1951 y aspiraba a construir un “capitalismo moderno” libre de monopolios. El punto de quiebre fue una Ley de Reforma Agraria que permitió expropiar más de la mitad de las tierras de la compañía *United Fruit*. Un 85 por ciento de ellas estaban inexploradas. La compañía consideró insuficiente la indemnización ofrecida y reclamó una suma 25 veces más alta.

La CIA organizó una campaña para presentar a Arbenz como un títere de Moscú. Para hacerlo resaltó medidas como una compra de armas a Checoslovaquia (Estados Unidos se negaba a venderle) o la legalización del Partido Comunista. Pero ocultó que Guatemala no tenía relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En 1954, una invasión lanzada desde Honduras

y Nicaragua terminó con el gobierno de Arbenz. Su sucesor, el coronel Castillo Armas, inició un régimen de terror.

Un segundo ejemplo es la invasión a República Dominicana en 1965. Esa invasión empezó a gestarse en 1962, cuando murió el dictador Trujillo y se realizaron las primeras elecciones libres desde 1924. El triunfador fue Juan Bosch, un político socialdemócrata que intentó cambiar el estilo de gobierno tras largos años de patrimonialismo. Eso lo puso en conflicto con los grupos que manejaban el país. Tuvo también la desgracia de llegar al gobierno en un momento crítico de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba. Para peor, tenía poca capacidad negociadora.

Tras siete meses de gobierno, Bosch fue destituido. Pero el triunvirato que lo sucedió no consiguió estabilizarse y se desató una guerra civil. Cuando los partidarios de Bosch fueron apoyados por una fracción del ejército, el gobierno de Estados Unidos envió 40 mil infantes de marina. La invasión se produjo el 28 de abril de 1965 y tuvo el efecto de estimular la insurrección armada en todo el continente. El clima de guerra civil se prolongó durante ocho años y costó miles de vidas.

Un tercer ejemplo fueron los esfuerzos de la CIA y de la empresa ITT para fabricar un golpe de estado que impidiera la llegada al gobierno de Salvador Allende. Contra la imagen que hoy predomina, la principal intervención en Chile no se produjo en 1973 sino en 1970, cuando la Unidad Popular aún no había asumido. En ese tiempo hubo serios intentos de provocar un golpe. Pero todo se frenó cuando, en un oscuro episodio, fue asesinado un comandante en jefe del ejército que se oponía a la idea.

La política estadounidense hacia América Latina parece haber estado guiada por una mezcla de displicencia, desprecio hacia el mundo hispano, intereses descarnados y prepotencia. Como contrapartida, muchos gobiernos latinoamericanos alimentaron los peores prejuicios de Washington: militares inescrupulosos, funcionarios corruptos, dictadores que confundían su país con su patrimonio. Mucha gente pagó las consecuencias. ■

1955-1956



**24 de octubre:** Raúl Prebisch presenta el plan económico del nuevo gobierno.

**13 de noviembre:** es depuesto el general Lonardi. Lo sustituye el general Pedro Eugenio Aramburu.

**1956 6 de enero:** Raúl Prebisch presenta el plan económico del nuevo gobierno.

**24 de enero:** Juscelino Kubistchek es proclamado presidente de Brasil.

**1º de mayo:** el gobierno argentino anula la Constitución de 1949. Se vuelve a la de 1853.

1956-1957



**9 de junio:** se produce un alzamiento militar favorable a Perón. Hay 27 fusilados.

**27 de setiembre:** Argentina ingresa al FMI.

**1957 5 de marzo:** Krieger Vasena asume como ministro de Economía en Argentina.

**28 de julio:** los argentinos votan una Asamblea Constituyente. Triunfa el voto en blanco.

**14 de noviembre:** la Asamblea Constituyente clausura sus actuaciones sin haber aprobado una reforma.

1958-1959



**1958 23 de febrero:** elecciones en Argentina. Arturo Frondizi es electo presidente.

**1º de mayo:** Arturo Frondizi asume como presidente en Argentina.

**3 de noviembre:** Jorge Alessandri asume como presidente en Chile.

**30 de noviembre:** el Partido Nacional gana las elecciones en Uruguay.

**1959 1º de enero:** Fulgencio Batista abandona Cuba.

dirigentes procesados, devolvió la CGT a los peronistas y respetó la libertad sindical, pero no revocó el decreto que había disuelto al Partido Justicialista.

En diciembre de 1958, el gobierno cerró un acuerdo con el FMI que lo obligó a adoptar una firme política monetaria. Los salarios cayeron un 25 por ciento y la conflictividad laboral estalló. Entonces Frondizi volvió a intervenir los sindicatos. Presionado por los militares, en abril de 1959 ilegalizó al Partido Comunista, que tenía una alianza con el peronismo. Perón decidió tomar represalias y, desde Santo Domingo, divulgó el texto del pacto secreto.

Parte de las dificultades de Frondizi se debieron a que las maniobras políticas lo fascinaban. En junio de 1959 designó como ministro de Economía a Álvaro Alsogaray, que hasta entonces había sido un crítico del gobierno. Alsogaray aplicó un plan de austeridad que permitió detener la inflación y relanzar el crecimiento. Pero en cuanto el plan empezó a tener éxito, Frondizi lo destituyó.

La crisis definitiva se produjo en 1962, como consecuencia de otra jugada extraña. Para marzo estaban previstas elecciones legislativas, y Frondizi permitió que los peronistas participaran bajo otros nombres. Su idea era que el miedo a un resurgimiento peronista iba a fortalecer el voto al gobierno. Pero los peronistas ganaron en nueve de catorce provincias y quedaron colocados en primer lugar con el 32 por ciento de los votos. Los militares obligaron a Frondizi a anular los resultados y finalmente lo derrocaron el 29 de marzo.

Lo que siguió fue un violento conflicto dentro de las fuerzas armadas. Los militares se dividieron entre los "colorados", que proponían una dictadura militar, y los "azules", que querían un retorno a la democracia. En setiembre, tras algunos enfrentamientos en los que hubo derramamiento de sangre, la fracción legalista consiguió imponerse. Su líder más visible era el general Juan Carlos Onganía.

En el mes de octubre, el ministro del Interior Rodolfo Martínez anunció que habría elecciones y que el gobierno

se entregaría un año más tarde. Los peronistas podrían tener candidatos, pero sin utilizar el lema Partido Justicialista. La noticia provocó una sublevación de la marina, que se oponía a cualquier retorno al pasado. El movimiento fue aplastado por los "azules", pero el ejército temió que se quebrara la unidad militar y puso límites a la apertura.

El 7 de julio de 1963 se realizaron elecciones nacionales sin candidatos peronistas. Tanto Perón como Frondizi llamaron a votar en blanco, pero solo un 19 por ciento les hizo caso. Es que las elecciones se decidían entre el radical Arturo Illia y el general Aramburu, y muchos peronistas decidieron dar su voto a Illia para cerrarle el paso al ex presidente de la Revolución Libertadora.

De estilo moderado y parsimonioso, Illia parecía personificar el deseo de paz luego de tantos conflictos. Su mayor preocupación era respetar la Constitución y las leyes, pero las cosas no le resultaron fáciles. Llevado por sus convicciones democráticas, Illia quería terminar con la proscripción del peronismo. Esa actitud generaba inquietud en los militares pero no le aseguró la paz con los sindicatos, que respondieron con una cadena de huelgas generales a su política de austeridad. Su actitud moderada y civilista lo hizo aparecer ante muchos como un presidente sin autoridad. Y cuanto más aumentaba su aislamiento, más crecía el temor a un retorno de Perón. El 28 de junio de 1966 hubo un nuevo golpe de estado. El presidente depuesto se fue a pie de la Casa Rosada.

Los militares estaban nuevamente en el poder y en pocas horas terminaron con las instituciones: destituyeron al presidente, al vicepresidente, a los miembros de la Corte Suprema y a los gobernadores. También cerraron el Congreso y las legislaturas provinciales, prohibieron los partidos políticos y entregaron sus bienes al estado. Luego anunciaron que solo se volvería a tener un gobierno representativo cuando las Fuerzas Armadas eliminaran los obstáculos que impedían la grandeza del país.

Como pasó muchas veces en la historia argentina, el nuevo gobierno militar generó expectativas. El presidente era el mismo ge-

## México en los años 60

Por Javier Bonilla Saus

> México es, junto con Brasil, uno de los dos países más poblados y económicamente más poderosos de América Latina. Tiene además una larga historia y densas tradiciones culturales. No es posible tener una imagen completa del subcontinente sin incluirlo.

Pero lo interesante es que, en la década de los sesenta, México parecía estar siguiendo un camino diferente al de los demás países latinoamericanos. Esa década fue en toda la región un período de crisis, conmociones e "incubación revolucionaria". Pero en México fue el momento de auge y plenitud del régimen nacido de la Revolución de 1910.

La historia del México contemporáneo empezó en la segunda década del siglo XX, cuando el general conservador Porfirio Díaz intentó su cuarta reelección. En 1910, el liberal Francisco Madero, desde la prisión donde lo mantenía Díaz, hizo un llamado al alzamiento popular. Díaz comprendió que no podría ejercer su quinto mandato y abandonó el intento, pero el clima insurreccional se había creado. Durante los cinco años siguientes, decenas de caudillos regionales, estatales y locales se ensañaron en un sinnúmero de luchas intestinas. Recién en 1915 empiezan a distinguirse tres grandes centros de poder. Venustiano Carranza, un general liberal y antiguo compañero de Madero, es electo presidente pero solo controla parte del país. Al norte predomina Francisco Villa. En las regiones indígenas del sur, el control lo ejerce Emiliano Zapata.

En 1929, tras casi veinte años de guerra civil, el presidente Plutarco Elías Calles consigue reunificar políticamente el país mediante la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR). Este será el primer formato del actual Partido Revolucionario Institucional (PRI), que se mantendrá ininterrumpidamente en el poder hasta el año 2000.

Bajo la autoridad de los presidentes priistas, los años sesenta serán en México una década de estabilidad. Eso no significa que el país haya sido impermeable a las perturbaciones en el resto del continente y del mundo. La matanza de Tlatelolco

1959

1960-1961

1961-1962

**1959** **8 de enero:** Fidel Castro entra en La Habana.  
**18 de enero:** el presidente argentino Arturo Frondizi viaja a Estados Unidos.  
**13 de febrero:** Rómulo Bentancourt asume como presidente en Venezuela.  
**1º de marzo:** Martín R. Echegoyen asume la presidencia del Consejo de Gobierno en Uruguay.  
**23 de junio:** Álvaro Alsogaray asume como ministro de Economía en Argentina.

**1960** **27 de marzo:** elecciones legislativas en Argentina.  
**21 de abril:** Brasilia es la nueva capital de Brasil.  
**3 de octubre:** Janio Quadros gana las elecciones en Brasil.  
**1961** **31 de enero:** Janio Quadros asume como nuevo presidente de Brasil.  
**24 de abril:** Álvaro Alsogaray deja el Ministerio de Economía en Argentina.

**4 de agosto:** el "Che" Guevara llega a la Conferencia de Punta del Este.  
**7 de setiembre:** João Gualart asume la presidencia en Brasil.  
**1962** **18 de marzo:** triunfo peronista en elecciones parciales en Argentina.  
**29 de marzo:** el presidente Frondizi es derrocado en Argentina. El presidente del senado José María Guido asume la presidencia.  
**31 de diciembre:** el presidente Guido anuncia



del 2 de octubre de 1968, en la que una cifra cercana a los quinientos obreros y estudiantes murieron a manos de la policía y los militares, solo puede entenderse en ese contexto. Pero sería un error explicar esa década de la historia mexicana solamente desde la perspectiva de ese brutal desborde de poder.

Hacia 1965, la economía mexicana era dos veces más grande que diez años atrás y cuatro veces más grande que veinticinco antes. El ingreso per cápita se había multiplicado por dos, pese a la alta tasa de natalidad. La industrialización avanzaba. La urbanización de la población (que se produjo a pesar de los 24 millones de hectáreas entregadas a los campesinos entre 1952 y 1964) daba lugar al nacimiento de una masa de trabajadores industriales y alentaba el desarrollo de los servicios. La modernización de la sociedad, que había sido fuertemente campesina y tradicional hasta los 50, se manifestaba en la emergencia de una pujante clase media.

Desde el punto de vista cultural, México empezaba a procesar la difícil fusión de sus elementos tradicionales con los aportes de una “modernidad” influida por Estados Unidos. Paradójicamente, mientras el país tradicional se debilitaba ante el impulso modernizador, los años sesenta serán el momento en que se forja el estereotipo que conocerá el mundo: campesinos durmiendo bajo desmesurados sombreros, “charros” taimados y borrachos, mujeres rezando ante altares descascarados, pueblos abrasados por el sol con calles recorridas por improbables perros famélicos.

Pero, más allá de ese México de tarjeta postal, se gestaba una fuerte vida cultural de signo “nacional” y “popular”. El auge del cine apologético de la Revolución mexicana, el reconocimiento internacional de la plástica muralista, la explosión literaria de la generación “del medio siglo” (integrada por autores como Juan Rulfo y Jorge Ibarguengoitia), el Acapulco de la actriz María Félix y de los cantantes Pedro Infante, Agustín Lara o José Alfredo Jiménez serán, desde

distintas perspectivas, los emblemas culturales de un país que empezaba a sentirse orgulloso de sus logros.

Ese ostensible éxito económico, cultural y parcialmente social se basaba, sin embargo, en una realidad política marcada por el pesado legado autoritario de la Revolución de 1910-1929. El PRI dirigirá con mano de hierro esas exitosas décadas que la historiografía mexicana bautizó con el nombre de “desarrollo estabilizador”.

A partir de 1929, el partido oficial nunca perdió una elección presidencial, una elección de gobernador, ni una elección de senador. En las elecciones de 1964, todos los candidatos del PRI resultaron electos. Esos resultados eran inverosímiles, pero no impedían que el PRI controlara enteramente a un Senado y una Cámara de Diputados donde se permitía la presencia de una oposición “protocolar” que nunca superaba el 4 o 5 por ciento. Mientras tanto, el Poder Ejecutivo, y en particular la Presidencia, se constituyeron en el centro de gravedad de todo el sistema político.

Pero el descomunal poder del presidente y del PRI no era el resultado de una pura arbitrariedad. Si la Revolución fue una larga tragedia de casi veinte años de luchas entre bandos y facciones, toda la historia posterior estuvo marcada por la obsesión de construir un poder central incuestionado, que impidiese para siempre la más mínima disidencia o el más tibio intento autonómico.

El carácter monolítico y autoritario del poder del PRI se asentaba en un enorme sistema corporativo en el que campesinos, obreros, clases medias e intelectuales eran sometidos a un disciplinamiento sistemático. Una descomunal central sindical, la CTM, controlaba los grandes sectores de trabajadores dependientes de las empresas públicas. La central obrera cumplía su función de “correa de transmisión” al mejor estilo leninista, acompañada de la Central Nacional Campesina, que regimentaba a grandes sectores de campesinos, y la Central Nacional

de Organizaciones Populares, que agrupaba a un muy diverso espectro de pequeños propietarios, trabajadores informales y asalariados. Las tres centrales conformaban un férreo trípode de encuadramiento de la población que se fue conformando paulatinamente desde 1929 hasta que el presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) le diera su forma definitiva.

Las libertades públicas en el México pos-revolucionario y durante la década de los sesenta eran un recurso retórico presente en la Constitución y en los discursos del poder. Miles y miles de mexicanos veían conculcados sus derechos. La “oposición”, con contadísimas excepciones, era financiada por el gobierno. Los medios de comunicación estaban controlados. Los intelectuales eran mayoritariamente glosadores del mensaje oficial. Las organizaciones populares eran engranajes del partido de gobierno.

Pero, a diferencia de los regímenes totalitarios clásicos, la violencia gubernamental se solía llevar a cabo de manera exquisitamente selectiva. Ni gulags, ni campos de concentración. El régimen prefería utilizar en primera instancia mecanismos más sutiles como el fraude electoral; la orden de negarle toda oportunidad laboral a quien se apartara de la línea; la cooptación de intelectuales; la compra de periodistas, líderes populares y campesinos; la coacción de todo sindicalista díscolo, acompañada de amenazas a su familia; la corrupción de toda iniciativa capaz de crear inconvenientes. Cuando esos métodos se mostraban insuficientes, se daba un paso en el uso de la violencia: el “accidente carretero”, el ataque personal disfrazado de “hecho policial”, el secuestro personal como “advertencia”. Finalmente, la ejecución y posterior desaparición del cuerpo del opositor era el paso decisivo con el que el PRI se aseguraba el control político de aquellos que no comulgaban con su línea, o que simplemente cometían el error de cuestionar algún capricho presidencial. ■

## 1962-1964



- la convocatoria a elecciones en Argentina. El peronismo no podrá participar.
- 1963** **2 de abril:** alzamiento de la marina en Argentina contra el presidente Guido.
- 7 de julio:** Arturo Illia triunfa en las elecciones generales en Argentina.
- 12 de octubre:** Arturo Illia asume como presidente en Argentina.
- 1964** **23 de junio:** la CGT argentina suelta un gran número de tortugas en Buenos Aires, como crítica al gobierno de Illia.

## 1964-1966



- 4 de setiembre:** la Democracia Cristiana gana las elecciones en Chile.
- 3 de noviembre:** Eduardo Frei asume como presidente de Chile.
- 1965** **14 de marzo:** dura derrota de Illia en elecciones parciales.
- 29 de abril:** infantes de marina de Estados Unidos invaden República Dominicana.
- 1966** **3 al 15 de enero:** se realiza en La Habana la “Conferencia Tricontinental”.
- 28 de junio:** el presidente Arturo Illia es

## 1966-1968



- depuesto en Argentina.
- 1967** **31 de julio-10 de agosto:** se realiza la conferencia de la OLAS en La Habana.
- 9 de octubre:** Ernesto Guevara es ejecutado en Bolivia.
- 1968** **2 de octubre:** tropas hacen fuego en México contra una manifestación estudiantil.
- 3 de octubre:** el general Velasco Alvarado da un golpe de estado en Perú y asume la presidencia.

neral Onganía que había luchado contra los “colorados”. Pero en cuanto asumió se supo que era un militar de ideas arcaicas y admirador de Franco. Su gobierno se caracterizó por un fuerte paternalismo que iba acompañado de un cúmulo de prohibiciones.

En diciembre de 1966, Onganía nombró como ministro de Economía a Krieger Vasena: un economista de relieve en el país. Vasena consiguió bajar la inflación del 30 al 10 por ciento e inició un período de crecimiento. Para vencer la resistencia de los sindicatos, Onganía congeló sus cuentas bancarias y amenazó con intervenir la CGT. Las negociaciones colectivas se suspendieron y el gobierno

fijó los salarios para los dos próximos años. Los gremios perdieron casi toda capacidad de influencia.

La nueva situación se prolongó hasta marzo de 1969, cuando hubo una ola de protestas estudiantiles en Corrientes. En los días siguientes el movimiento se extendió y hubo muertos en choques con la policía. Una huelga general estalló en Córdoba. Los días 29 y 30 de mayo, grandes grupos de trabajadores y estudiantes ocuparon el centro de la ciudad y obligaron a la policía a retirarse. Varias oficinas de empresas extranjeras y dependencias estatales fueron saqueadas. El suceso es conocido como “el Cordobazo”.

Las protestas callejeras tomaron por sorpresa al país. Los sindicatos y la estructura política del peronismo estaban neutralizados, pero la insatisfacción se había expresado en levantamientos más o menos espontáneos. A eso se sumaron los primeros golpes de una nada espontánea guerrilla de ultra-izquierda.

En ese contexto, Onganía dio un paso en falso y destituyó a Krieger Vasena. La medida provocó una masiva fuga de capitales y un estado de alarma empresarial. En un intento para recuperar la iniciativa, Onganía rehabilitó a los sindicatos. Pero la protesta seguía sus propios rumbos y la policía estaba desbordada. Finalmente, las fuerzas armadas fueron

## Montoneros

El 29 de mayo de 1970 fue secuestrado el general retirado Pedro Aramburu, uno de los líderes de la Revolución Libertadora que había derrocado a Perón en 1955. Un mes más tarde, su cuerpo fue encontrado en una chacra. El hecho causó estupor porque Aramburu pertenecía a los círculos militares liberales que buscaban una salida democrática.

La acción fue reivindicada por un grupo del que nadie había oído hablar hasta entonces: los Montoneros. Poco después, el mismo grupo tomó una comisaría en La Calera, Córdoba, asaltó un banco y destruyó la central telefónica. Allí dejaron un grabador con la marcha peronista.

Cuando se pudo armar mejor el rompecabezas, se supo que se trataba de una organización de jóvenes peronistas de izquierda. Algunos de ellos habían militado en organizaciones nacionalistas de derecha como Tacuara, otros provenían de hogares católicos de clase media. Más tarde se les unieron dos organizaciones revolucionarias: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), de orientación castrista, y el Ejército Nacional Revolucionario (ENR), que se había adjudicado el asesinato del líder sindical Augusto Vandor en 1969.

La ideología del grupo era una extraña mezcla de nacionalismo peronista, catolicismo

y castrismo. Por razones difíciles de comprender, los Montoneros pensaban que Perón encabezaría una revolución socialista de la cual ellos eran la avanzada. Por eso se oponían a cualquier salida de la dictadura que lo excluyera.

Perón alimentó el malentendido para desestabilizar al gobierno. Aludía a los Montoneros como “formaciones especiales” y los calificaba de “juventud maravillosa”. Se conoce el texto de la carta que les envió para felicitarlos por el asesinato de Aramburu.

Durante el gobierno de Cámpora en 1973, los Montoneros tuvieron un fuerte protagonismo. Pero el idilio duró poco. La primera señal les llegó en el aeropuerto de Ezeiza, en el inmenso acto que se organizó cuando Perón volvía del exilio. Los Montoneros fueron recibidos a balazos por otros grupos peronistas. El tiroteo cobró 156 vidas. Desde ese momento, la relación se degradó. Dos días después de que Perón asumiera la presidencia, fue asesinado un líder sindical cercano al presidente. Nadie se adjudicó la muerte, pero el entorno de Perón la atribuyó a los Montoneros y la interpretó como una declaración de guerra.

La ruptura definitiva se produjo durante la manifestación del 1º de mayo de 1974. Ante la inmensa multitud, Perón trató a los Montoneros de

“estúpidos” e “imberbes”. Ellos se marcharon cantando: *¿Qué pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?* Poco después la dirigencia montonera pasó a la clandestinidad. A esa altura eran reprimidos por el gobierno y perseguidos por una organización paramilitar llamada “Triple A”.

El 15 de julio asesinaron al ex ministro Arturo Mor Roig y el 19 de setiembre raptaron a los hermanos Juan y Jorge Born, que fueron canjeados por sesenta millones de dólares. El dinero fue depositado en Cuba y desde entonces se discute cuál fue su destino.

Los Montoneros fueron aplastados por la dictadura que tomó el poder en marzo de 1976. Muchos de sus militantes fueron asesinados o desaparecieron. Sus principales dirigentes marcharon al exilio. Luego del retorno a la democracia, algunos de ellos tuvieron que responder por sus crímenes. Mario Firmenich, que era la figura más pública, fue condenado a treinta años pero recibió un indulto en 1990. Actualmente vive en Cataluña.

La irracionalidad ideológica de los Montoneros, la feroz violencia de sus acciones y la respuesta salvaje que recibieron son uno de los abismos del conflicto argentino. ■

1968-1969



**11 de octubre:** el general Omar Torrijos da un golpe en Panamá y asume la presidencia.

**1969 18 de abril:** los Montoneros (aún sin nombre) hacen un robo de armas en Argentina.

**20 de mayo:** Argentina sacudida por manifestaciones en Córdoba y otras provincias.

**30 de mayo:** 14 muertos durante la represión en Córdoba.

1970-1971



**1970 8 de junio:** es depuesto en Argentina el general Onganía. Asume el general Levingston.

**30 de setiembre:** la Democracia Cristiana chilena anuncia que dará sus votos para que Allende sea presidente.

**3 de noviembre:** Salvador Allende asume como presidente de Chile.

**1971 22 de marzo:** el general Alejandro Lanusse asume como presidente de Argentina.

1971-1973



**11 de julio:** el gobierno de Allende estatiza en Chile las empresas mineras.

**10 de noviembre-4 de diciembre:** Fidel Castro visita el Chile de Allende.

**1972 2 de noviembre:** Salvador Allende impone el estado de sitio en 21 provincias e integra a los militares al gobierno.

**1973 4 de marzo:** elecciones legislativas en Chile.

**11 de marzo:** el peronista Héctor Cámpora gana las elecciones en Argentina.



llamadas a intervenir. En poco tiempo controlaron la situación, pero luego reclamaron una mayor participación en el gobierno. Onganía se negó y fue depuesto el 8 de junio de 1970.

El golpe había sido orquestado por el general Alejandro Lanusse, que se identificaba con la fracción institucionalista del ejército. Lanusse prefirió que la presidencia fuera ocupada por el general Roberto Levingston, que supuestamente respondía a su línea. Pero Levingston reveló estar más próximo a Onganía e intentó prolongar su línea represiva. El resultado fue un nuevo estallido de protestas que culminó el 22 de marzo de 1971, cuando los militares destituyeron una vez más al presidente y nombraron a Lanusse.

El nuevo presidente legalizó los partidos políticos y convocó a negociar una salida. Pero la gran novedad fue que la convocatoria incluyó al peronismo. El ejército respaldaba el plan, fundamentalmente porque esperaban que Perón consiguiera controlar la violencia guerrillera. El viejo general empezaba a ser visto como una tabla de salvación.

En octubre de 1971 se produjo un levantamiento militar contra Lanusse, impulsado por partidarios de Onganía. El movimiento fue aplastado, pero Lanusse quedó debilitado. Perón, mientras tanto, cerraba acuerdos con distintas agrupaciones políticas y azuzaba a la guerrilla para forzar la salida electoral.

En un esfuerzo por mantener el control sobre los militares, Lanusse hizo una última maniobra para evitar que Perón fuera presidente: exigió que, para ser candidato, había que residir en Argentina para determinada fecha. Eso llevó a que el peronismo presentara como candidato a Héctor Cámpora. Las elecciones se hicieron el 11 de marzo de 1973 y los peronistas ganaron con el 49 por ciento.

El 28 de mayo, Héctor Cámpora asumió como presidente constitucional. Durante el acto hubo incidentes y heridos de bala. El 20 de junio de 1973, en medio de crecientes tensiones, Perón volvió definitivamente a Argentina. Pero el recibimiento en Ezeiza dejó en claro que su llegada no solucionaría nada:

más de 150 personas murieron en un tiroteo entre peronistas de izquierda y de derecha. El episodio confirmó el grado de violencia en el que se había hundido la sociedad argentina, así como la confusión ideológica generada en torno a la figura de Perón.

## CHILE: ASCENSO Y CAÍDA DE LA UNIDAD POPULAR

A principios de los años sesenta, Chile era uno de los países más prósperos y democráticos del continente. Su población rondaba los 8 millones de habitantes. La economía crecía de manera lenta pero continua. El país comerciaba activamente con el extranjero y tenía una deuda pública manejable. Desde el año 1931, las instituciones democráticas funcionaban sin interrupciones.

También había dificultades. El país tenía una de las tasas de inversión más bajas de América Latina y un empresariado poco dinámico. Su economía dependía excesivamente de las exportaciones de cobre. Existía una distribución muy desigual de la riqueza y una excesiva dependencia comercial de Estados Unidos. La sociedad estaba fragmentada en grupos de interés que presionaban sobre el estado. El resultado era un déficit fiscal creciente y un recurrente problema de inflación.

Los chilenos eran conscientes de sus problemas y buscaban soluciones. El presidente Jorge Alessandri, que gobernó entre 1958 y 1964, intentó combinar una política económica liberalizadora con reformas sociales ambiciosas. Como parte del esfuerzo liberalizador, mejoró las condiciones para atraer inversión extranjera, flexibilizó el mercado de créditos, eliminó los controles de precios y liberó el comercio de divisas. Como parte de los esfuerzos de mejora social, promulgó en 1962 una Ley de Reforma Agraria que autorizaba la expropiación de grandes propiedades improductivas para darlas en arrendamiento a campesinos. Al final de su gobierno se habían fraccionado tres millones de hectáreas.

Los resultados que obtuvo fueron mixtos. La tasa de crecimiento mejoró (5 por ciento de promedio) y la desocu-

## Salvador Allende



Nació en Valparaíso el 26 de junio de 1908. Su padre trabajaba en la administración pública y militaba en el Partido Radical. Estudió medicina en la Universidad de Chile, donde se inició en la actividad gremial. Obtuvo el título de médico cirujano.

En 1933 participó en la fundación del Partido Socialista y dos años más tarde ingresó en la masonería. Fue director de la Asociación Médica de Valparaíso y luego diputado. En 1939, con 31 años, fue ministro de Salud del gobierno de Aguirre Cerda. En 1943 era secretario general del Partido Socialista.

Su popularidad le permitió ser electo senador en varias elecciones sucesivas. En 1966 ejerció la presidencia del Senado. Lo hizo de manera tan ecuánime que recibió elogios del conservador *El Mercurio*. Pero, cultivando una ambigüedad que le era característica, en 1967 aceptó ser el primer presidente de la OLAS: una organización que despreciaba a las instituciones democráticas e intentaba extender la lucha guerrillera en América Latina.

Fue cuatro veces candidato a la presidencia. La primera vez, en 1952, solo logró el 5,45 por ciento de los votos. En 1958 fue postulado por una alianza de socialistas y comunistas, y obtuvo un respetable 28,5 por ciento. La tercera candidatura fue la que le dio más votos: 38,6 por ciento en 1964. Pero Eduardo Frei lo venció con el 55,6 por ciento.

La cuarta candidatura fue la más difícil. Había perdido en tres ocasiones y enfrentaba resistencias dentro de su partido. Para ser postulado tuvo que firmar un documento en el que se comprometía a aceptar un sistema de distribución de cargos muy estricto. También debía refrendar sus medidas ante un comité integrado por un miembro de cada partido, que decidía por unanimidad. En esa oportunidad ganó con el 36,6 por ciento de los votos.

Era un político fogueado, un gran orador y un hombre de gustos refinados. Le gustaba el arte, la buena comida y las mujeres elegantes. No tenía una orientación ideológica precisa y fue acusado por aliados y adversarios de tener inclinaciones populistas. Murió el 11 de setiembre de 1973, durante el asalto a la Casa de la Moneda. ■

1973

1973

**28 de mayo:** Héctor Cámpora asume como presidente de Argentina.

**20 de junio:** Perón vuelve definitivamente a Argentina. Se produce la masacre de Ezeiza.

**29 de junio:** fracasa un intento de golpe de estado en Chile.

**13 de agosto:** fracasa un intento de acuerdo entre el gobierno de Allende y la Democracia Cristiana. Estalla una inmensa huelga de transporte.

**14 de agosto:** Allende forma un gobierno de "seguridad nacional" con las cúpulas militares.

**22 de agosto:** la Cámara de Diputados chilena declara inconstitucional la política del gobierno. Allende designa a Augusto Pinochet como comandante en jefe del ejército.

**11 de setiembre:** un golpe dirigido por el general Augusto Pinochet derroca al presidente Salvador Allende, que muere en la Casa de La Moneda.

## El MIR chileno: un autoengaño fatal

Por Martín Peixoto



> El Movimiento de Izquierda Revolucionaria nació en 1964, durante el gobierno democrático de Eduardo Frei. Sus fundadores eran militantes escindidos del Partido Socialista, trotskistas y dirigentes estudiantiles de la Universidad de Concepción. Todos ellos compartían una misma admiración por la revolución cubana, a la que tomaban como modelo.

Cuando el régimen cubano organizó la Conferencia de la OLAS en 1967, el MIR estuvo entre los primeros en apoyar el llamado a expandir la lucha guerrillera en toda América Latina. Ese mismo año se proclamó marxista-leninista y definió a la lucha armada como método de acción. Poco después realizaría su primer secuestro.

Entre 1968 y 1970, el MIR realizó una larga serie de acciones armadas, incluyendo sabotajes contra el diario El Mercurio, el consulado de Estados Unidos y sedes de la Democracia Cristiana. La existencia de un gobierno que realizaba reformas progresistas era vista como una amenaza para la revolución. El gobierno respondió con capturas y procesamientos. También los atacaba el Partido Comunista, acusándolos públicamente de “falta de confianza en las masas”.

Durante la campaña electoral de 1970, el MIR adoptó una actitud de rechazo hacia las elecciones. Su lema de la época era: “El fusil en vez del voto”. Los dirigentes “miristas” lanzaron críticas contra la Unidad Popular, a la que acusaban de “reformista”. En el correr de ese año realizaron golpes armados que causaron varias muertes.

Cuando Allende asumió la presidencia, otorgó una amnistía a los “miristas” presos. El MIR respondió declarando una tregua y concentró su acción en ganar adeptos. Pero las relaciones con la coalición de gobierno no fueron fáciles. En diciembre de 1970, militantes comunistas y “miristas” chocaron en la Universidad de Concepción, con un saldo de varios heridos y un estudiante muerto. En los meses siguientes, el MIR estimuló las ocupaciones de tierras realizadas a punta de fusil. Poco después inauguraría la costumbre de participar en las manifestaciones desfilando con paso militar. Cuando Fidel Castro visitó Chile a fines de 1971, le dio un tratamiento preferencial al líder del MIR Miguel Enríquez, hasta el punto de regalarle una metralleta idéntica a la que le había regalado a Allende. Para muchos, ese tratamiento era una señal de que Castro no creía en la “vía chilena al socialismo”.

Allende intentó una estrategia de seducción y seleccionó a militantes del MIR como guardaespaldas. Pero fue el MIR el que sedujo a los principales dirigentes del Partido Socialista, llevándolos a compartir sus posturas. Cuando el gobierno entró en su crisis final y el MIR llamó a la lucha armada, recibió el respaldo del secretario general de los socialistas, Carlos Altamirano. Solo los comunistas mantuvieron una actitud crítica y lanzaron la consigna: “No a la guerra civil”.

La dirigencia del MIR y buena parte de los líderes socialistas creían que la caída del gobierno provocaría una insurrección popular. Pero la guerra temida por unos y deseada por otros nunca ocurrió: los militares controlaron la situación fácilmente y el poder militar de la izquierda resultó existir solamente en la imaginación de sus líderes.

Es probable que dirigentes como Enríquez y Altamirano hayan terminado creyéndose su propia retórica. Pero lo peor fue que también la creyeron los militares. La feroz represión que desataron tras el golpe estaba destinada a neutralizar una respuesta que nunca llegó. Tal vez el único que comprendió el drama fue Allende, que en sus últimas horas llamó al pueblo a no resistir. ■

pación bajó del 9 al 5,5 por ciento. Pero la inflación subió, las exportaciones no crecieron y hubo que devaluar la moneda. Al final del período, la deuda había sobrepasado los mil millones de dólares y representaba el 26 por ciento del PBI. Los intentos por contener la inflación aumentaron la conflictividad interna.

En 1964, la Democracia Cristiana ganó por primera vez las elecciones en Chile. El candidato Eduardo Frei obtuvo un contundente 56 por ciento de los votos, contra el 38,6 por ciento del socialista Salvador Allende. El lema del gobierno de Frei fue “Revolución en libertad”. Sus tres pilares fueron la “chilenización” del cobre, la reforma agraria y la promoción de los sectores marginales.

La “chilenización” significaba la incorporación del estado como socio de las compañías norteamericanas. El objetivo era doblar la producción, aumentar el volumen de cobre refinado en Chile y dar mayor participación al estado en la comercialización. La negociación con las empresas estadounidenses fue compleja y se apoyó en estimaciones inadecuadas. La oposición acusó al gobierno de haber cerrado acuerdos poco beneficiosos para el país.

La reforma agraria de Frei era una radicalización de la hecha por Alessandri. El objetivo era terminar con el latifundio y redistribuir la propiedad. En 1967 se aprobó una reforma de la Constitución necesaria para introducir los cambios. Desde entonces, y en solo dos años, se expropiaron 1.319 establecimientos con una superficie total de 3,5 millones de hectáreas. Unas 30 mil familias campesinas fueron beneficiadas.

El gobierno impulsó asimismo la creación de sindicatos agrícolas. Al final del período existían unas 400 organizaciones que representaban a unos 100 mil trabajadores. En las ciudades hubo políticas ambiciosas en vivienda, salud y educación.

Las reformas fueron ejecutadas sin generar tensiones descontroladas. Las empresas estadounidenses recibieron la seguridad de que mantendrían el control de las minas durante once años, mientras el estado chileno aumentaba su participación. El gobierno pagó indemnizaciones a los antiguos propietarios de tierras, aunque las escalonó en el tiempo. Las reformas contaban con el apoyo de Estados Unidos que, bajo el gobierno de Kennedy, veía a las políticas progresistas como el mejor antídoto contra el comunismo. En el correr de los años sesenta, Chile recibió la mayor ayuda estadounidense per cápita del continente.



Los logros del gobierno de Frei fueron considerables. La economía creció a una tasa del 4,5 por ciento anual. El déficit comercial de 4 millones de dólares se transformó en un superávit de 185 millones. La masa salarial pasó de representar el 42 por ciento del PBI a representar el 51 por ciento. La recaudación impositiva pasó del 12,8 por ciento del PBI en 1964, al 21,2 por ciento en 1970. La mayor disponibilidad de recursos permitió solventar la construcción de 250 mil viviendas para familias de bajos ingresos. Pero los costos de las reformas castigaron a la economía. El gasto público subió del 35,7 por ciento del PBI en 1965 al 46,9 por ciento en 1970. La deuda se duplicó. El aumento de costos generado por el crecimiento de los salarios frenó la inversión privada y aumentó el desempleo, que pasó del 5,4 por ciento en 1964 al 6,2 por ciento al final del gobierno. La inflación llegó al 35 por ciento en 1970.

Los últimos años fueron sorprendentemente conflictivos para un gobierno que había mejorado las condiciones de vida. Esto se debió a dos factores. En primer lugar, los esfuerzos del Ministerio de Economía por frenar la inflación y reducir el déficit fiscal condujeron a repetidos choques con los sindicatos y la oposición de izquierda. Los números no permitían continuar las reformas, pero la dinámica iniciada no era fácil de frenar.

El segundo factor no era económico sino político. El gobierno de Frei coincidió con un período de radicalización de la izquierda latinoamericana. Era la época de la revolución cubana, el fortalecimiento internacional del maoísmo y la creciente intervención de Estados Unidos en Vietnam. En 1967, la conferencia de la OLAS en La Habana y la ejecución del “Che” Guevara en Bolivia impulsaron las guerrillas revolucionarias. Al año siguiente, las manifestaciones estudiantiles en París, Berkeley, México y otras ciudades llevaron a un pico de movilización. Ese complejo contexto tuvo consecuencias en Chile.

La primera fue un viraje del electorado hacia la izquierda. En las elecciones de mitad de período que se realizaron durante el gobierno de Frei, los votos de la Democracia Cristiana cayeron y los de la izquierda aumentaron. El gobierno obtuvo el 45 por ciento en las elecciones legislativas de 1965, y el 35,6 en las elecciones municipales de 1967.

Una segunda consecuencia fue un aumento de las tensiones dentro de la

Democracia Cristiana, que se dividió entre un ala moderada y otra radical. En mayo de 1969 se escindió una fracción liderada por Jacques Chonchol, que había ocupado el cargo de ministro de Agricultura. Chonchol se llevó dos senadores y casi toda la dirigencia juvenil, y junto a ellos fundó el Movimiento de Acción Popular (MAPU).

Una tercera consecuencia fue la radicalización de la propia izquierda, que empezó a albergar grupos favorables a la lucha armada. La acción de esos grupos aumentó la conflictividad y produjo un aumento de las acciones ilegales. Solo en 1970 hubo 368 invasiones a propiedades agrícolas, 352 apropiaciones ilegales de terrenos urbanos y 133 apropiaciones de fábricas. Estas acciones no eran una respuesta a un régimen autoritario y concentrador del ingreso, sino a un gobierno democrático y reformista. Como en otros países de América Latina, la radicalización de la izquierda en esos años respondió más a motivaciones ideológicas que a realidades políticas.

Estos hechos generaron por último un fortalecimiento de la derecha autoritaria, que tuvo su expresión política en el Partido Nacional (respaldado por el 20 por ciento de los votantes en las elecciones de 1969) y tendrá su expresión armada en un grupo llamado Patria y Libertad, que fue fundado en abril de 1971. Cuando llegó el tiempo electoral, el Partido Nacional parecía llevar la delantera. Su candidato era el ex presidente Alessandri, que conservaba una imagen de estadista capaz de ejercer la autoridad. Pero Alessandri tenía 73 años, y sus apariciones en televisión dejaron una impresión de deterioro.

La izquierda presentó a Salvador Allende como candidato de una coalición llamada Unidad Popular. Allende era bien conocido por los chilenos. A los 62 años, tenía a sus espaldas una larga carrera parlamentaria y era la cuarta vez que aspiraba a la presidencia. La coalición que lo apoyaba estaba integrada por una diversidad de partidos.

Uno de ellos era el Partido Socialista, al que pertenecía el propio Allende. Era un partido de larga trayectoria (había sido fundado en 1932) en cuyo interior convivían un ala moderada, que apostaba a la vía electoral y un ala radical que veía con simpatía a la lucha armada. Allende pertenecía al primer grupo.

El otro socio grande de la coalición era el Partido Comunista, también muy implantado en la historia chilena. Los

comunistas reconocían la importancia del orden legal y rechazaban la lucha armada. Este era un punto de fricción con los socialistas. Cuando en 1969 había habido un intento de golpe contra el presidente Frei, el Partido Comunista había respaldado al gobierno y había amenazado con una huelga general. Eso les había valido las críticas de algunos dirigentes socialistas. Los comunistas dieron un apoyo decisivo a la candidatura de Allende.

La Unidad Popular estaba integrada además por el Partido Radical (una organización no marxista que existía desde el siglo XIX) y otros grupos menos conocidos por los electores, como el MAPU y el Movimiento Democracia Radical. La coalición presentaba un programa de gobierno que proponía llegar al socialismo por el camino de las urnas. No se trataba de hacer un gobierno socialdemócrata, sino de producir transformaciones profundas en las instituciones y el sistema económico.

La Democracia Cristiana llegó a las elecciones tras un complejo proceso de discusión interna. Para algunos, el gobierno estaba perdiendo apoyo porque estaba yendo demasiado rápido en las reformas y no estaba teniendo en cuenta los efectos sobre la economía. Para otros, el gobierno estaba perdiendo apoyo porque no estaba avanzando a velocidad suficiente. El ala izquierda triunfó en la interna partidaria y levantó la candidatura de Radomiro Tomic, un antiguo embajador en Estados Unidos que presentó una propuesta de gobierno no muy diferente a la de la Unidad Popular.

Todos esperaban que las elecciones produjeran un mandato claro, pero ocurrió lo contrario. Allende ganó con el 36,2 por ciento de los votos, frente a un 34,9 por ciento de Alessandri. La diferencia fue de 39 mil votos en dos millones. Tomic quedó en tercer lugar con el 27,8 por ciento.

El resultado era políticamente complejo. En primer lugar, no indicaba con claridad quién sería el próximo presidente. La Constitución chilena establecía que, si ningún candidato alcanzaba la mayoría absoluta, el Congreso debía elegir entre los dos más votados. En el pasado siempre se había confirmado al primero, pero la Constitución no lo mandaba y en este caso casi había un empate. El candidato más votado era el que se ubicaba más a la izquierda, pero era posible designar al que estaba más a la derecha.



△ Pinochet y Allende: las dos caras de una tragedia.

Los dirigentes democristianos recibieron enormes presiones para apoyar a Alessandri, pero la mayoría consideró que no se podía desconocer el pronunciamiento popular. Tras difíciles negociaciones, el 30 de setiembre de 1970 se anunció un acuerdo. La Democracia Cristiana daría el voto parlamentario a Allende, pero solo después de que su bancada votara un “Estatuto de garantías democráticas”. El documento afirmaba que se respetaría la plena vigencia de las libertades, se mantendría la separación de poderes, se aceptaría el libre funcionamiento de los partidos políticos, se garantizaría la continuidad de la educación privada y se respetaría la independencia de las fuerzas armadas.

El resultado de las elecciones también era complejo en otro sentido. Tras haber propuesto un programa que llevaría a Chile hacia el socialismo, Allende había ganado con el 36,2 por ciento de los votos. Tenía derecho a acceder a la presidencia, pero estaba lejos de contar con mayoría parlamentaria. De hecho, Allende tenía un porcentaje de votos menor al que había obtenido en 1964.

Los chilenos discrepaban sobre el significado de este resultado. Para muchos simpatizantes y dirigentes de la Unidad Popular, Allende había triunfado en las urnas y eso lo autorizaba a llevar a Chile hacia el socialismo por una vía no violenta. Para quienes no simpatizaban con la Unidad Popular, y también para el Partido Comunista, las elecciones habían mostrado que el 64 por ciento de los votantes no quería un Chile socialista.

Allende tenía derecho a ser presidente, pero debía moderar sus políticas.

Enfrentados a este debate, los dirigentes de la Unidad Popular hicieron una interpretación que sería clave para lo que ocurrió después: Allende había obtenido el 36,2 por ciento de los votos, pero Radomiro Tomic había recibido el 27,8 por ciento. Y el programa de gobierno de Tomic no tenía grandes diferencias con el de la Unidad Popular. Por lo tanto, casi dos tercios de los chilenos se habían pronunciado a favor del socialismo.

El argumento tenía cierta fuerza en aquel contexto, pero ocultaba problemas que no tardarían en aparecer. En primer lugar, no era verdad que todos los votos a Tomic fueran votos a favor del socialismo. La Democracia Cristiana encerraba una gran diversidad interna, y muchos democristianos habían votado a Tomic por pura lealtad partidaria. Por otra parte, tampoco era verdad que todos aquellos que apoyaban a la Unidad Popular se identificaran con la vía pacífica hacia el socialismo. Como se vería poco después, muchos querían llegar al socialismo por el camino que fuera.

Allende no tenía mayoría parlamentaria, estaba ideológicamente lejos de buena parte de la oposición (lo que dificultaba los acuerdos) y tenía problemas dentro de su propia coalición. Sostenido por esa endeble base política, y enfrentado a un país dividido, intentó llevar adelante el programa de gobierno más rupturista de la historia chilena. La distancia entre sus objetivos de gobierno y sus apoyos políticos no podía ser mayor.

El primer año fue auspicioso. El control de precios y un aumento salarial del 35 por ciento produjeron una gran redistribución del ingreso. Gracias al aumento de la demanda interna, la producción industrial creció un 11 por ciento, el producto bruto aumentó un 8 por ciento y la desocupación bajó al 3,8 por ciento. En esas condiciones, no fue extraño que el gobierno recibiera el 49,7 por ciento de los votos en las elecciones municipales de abril de 1971.

Parte de los logros de Allende estaban fundados en un aumento del precio del cobre y en las reservas que había dejado Frei. Pero otra parte se basaba en un aumento de la cantidad de dinero que no se correspondía con el crecimiento de la economía. En el correr del segundo año, las realidades económicas empezaron a imponerse. La inflación, que había bajado al 22 por ciento, volvió a trepar al 35 por ciento. Los gastos del gobierno subieron un 66 por ciento, pero la recaudación disminuyó. Las reservas cayeron a la cuarta parte. El crecimiento económico se redujo al 1 por ciento. Para peor, los precios internacionales del cobre descendieron y la balanza comercial se volvió negativa (pasó de un superávit de 130 millones en 1970 a un déficit de 90 millones en 1971). La importación de bienes de capital cayó un 17 por ciento respecto del año anterior. La deuda exterior creció en pocos meses hasta llegar a los tres mil millones de dólares. En noviembre de 1971, el gobierno debió declarar una moratoria.

A estas dificultades económicas se sumaron problemas políticos. Estimulado por los logros de 1970, el gobierno se propuso lanzar un ambicioso plan de estatizaciones. El 11 de julio de 1971, el Parlamento autorizó a Allende a estatizar las compañías estadounidenses que explotaban el cobre. La nueva ley eliminaba el plazo de once años que había concedido Frei. Pero además, el gobierno anunció el 28 de setiembre que, debido a las deducciones por depreciación de la maquinaria y a los excesivos beneficios de los años precedentes, no se pagarían indemnizaciones. Esto generó un pico de tensión con Estados Unidos, que interrumpió su ayuda económica.

Allende anunció en la misma época su voluntad de organizar un plebiscito constitucional. Quería una reforma que eliminara el Parlamento bicameral (sustituyéndolo por una Asamblea de una sola cámara), le diera al poder legislativo la capacidad de sustituir a los miembros de la Suprema Corte de Justicia (lo que implicaba debilitar la división de poderes) y le otorgara al presidente de la República poderes es-



peciales para introducir transformaciones económicas y políticas. La oposición denunció que se estaba abandonando el Estatuto de garantías democráticas. Las cosas empeoraron el 8 de junio de 1971, cuando un comando de izquierda asesinó a Edmundo Pérez Zujovic, ex vicepresidente de la república y ministro del Interior del gobierno de Frei. La falta de reacción del gobierno radicalizó a la Democracia Cristiana.

La respuesta habitual de un gobierno sin mayoría parlamentaria es buscar acuerdos con al menos parte de los opositores. Pero Allende quedó atrapado en un círculo: la oposición no votaba las leyes enviadas por el gobierno y en su lugar aprobaba otras. El presidente las vetaba y denunciaba una campaña de obstrucción legislativa. Un resultado de esta situación fue la salida del Partido Radical de la coalición de gobierno. La causa inmediata fue el veto interpuesto por Allende en 1971 a una enmienda constitucional que exigía la aprobación legislativa de toda expropiación. Allende festejó el rompimiento con el Partido Radical, acusándolo de “oportunismo” y “demagogia”. Pero la pérdida de ese aliado fue un golpe político: el único miembro no marxista de la Unidad Popular se había retirado.

Pese a las dificultades, el gobierno decidió acelerar el ritmo de las expropiaciones y la profundización de la reforma agraria. A fines de ese año, el sector estatal controlaba el 93 por ciento del crédito bancario, el 90 por ciento de las minas, el 85 por ciento de las exportaciones, el 60 por ciento de las importaciones y el 28 por ciento de la distribución de alimentos. Ya se habían expropiado más tierras que lo anunciado en la campaña electoral.

Algunos sostienen que Allende fue llevado por su entorno más allá de donde hubiera querido detenerse. Sus técnicos le decían que las dificultades económicas se superarían acelerando la estatización, y los grupos radicales estaban realizando expropiaciones de hecho: piquetes armados recorrían el campo y expulsaban a los propietarios sin

ofrecer ninguna compensación. Pero es difícil desconocer las responsabilidades del propio Allende.

Buena parte de las expropiaciones se realizaron utilizando un olvidado Decreto-Ley de 1932 que autorizaba al gobierno a estatizar empresas cuando éstas dejaban de producir. El espíritu de la norma (aprobada en plena Gran Depresión) era autorizar la asistencia estatal cuando quebraban los propietarios. Pero el gobierno de la Unidad Popular le dio un uso diferente: los sindicatos o grupos radicales ocupaban una fábrica e interrumpían la producción. Luego se declaraba responsables a los propietarios y se decidía la expropiación. Esta estrategia de “estatización por asfixia” fue denunciada por el diario *El Mercurio* en abril de 1972. El periódico reprodujo un documento que fue calificado como falso por el ministro de Economía, Pedro Vuskovic. Pero el secretario general del MAPU, Rodrigo Ambrosio, reconoció que era verdadero y había sido elaborado con la participación de altos jerarcas del gobierno, incluyendo el viceministro de Economía Oscar Garretón. El gobierno de Allende no puso objeciones al documento y el Decreto-Ley se siguió utilizando. Para muchos quedó claro que no se trataba de buscar la eficiencia económica sino de construir el socialismo por vías oblicuas.

En los meses siguientes crecieron las tensiones políticas y las dificultades económicas. El control de precios generó escasez y fomentó el mercado negro. La reforma agraria y las nacionalizaciones provocaron una caída de la inversión. La producción de cobre aumentó, pero cayeron los precios internacionales y la productividad por trabajador. En septiembre de 1972, el gobierno reconoció la necesidad de sincerar los precios, lo que lo llevó a aumentos de entre el 100 y el 200 por ciento. Pero la presión de los sindicatos condujo a un aumento del 100 por ciento en los salarios. El año terminó con una inflación del 163 por ciento.

En octubre, el país fue sacudido por una ola de movilizaciones, la más importante de las cuales era una huelga

de camioneros. Las protestas eran apoyadas por la Democracia Cristiana y el Partido Nacional, pero estaban lejos de ser su obra. Durante 1972 hubo 3.325 paros y huelgas, lo que iba más allá de la capacidad de convocatoria de esos partidos. La realidad era que el desabastecimiento y los aumentos de precios estaban castigando a la población. La inseguridad jurídica generaba un clima de incertidumbre que afectaba a millones de personas. Los camioneros representaban a esa gran masa de chilenos que estaban lejos de ser ricos pero sentían amenazados sus medios de subsistencia.

Para enfrentar la emergencia, Allende impuso el estado de sitio y el 2 de noviembre incorporó a los militares al gabinete. La medida no era sorprendente, porque desde el principio Allende había cultivado ese vínculo. Una sus primeras medidas de gobierno había sido confirmar la compra de dos submarinos y dos fragatas. En 1971, el presupuesto militar había aumentado en un 20 por ciento. En 1973 era el doble del que existía cuando asumió.

A ojos de sus defensores, Allende actuaba así para mantener bajo control todo riesgo de sublevación. A ojos de sus críticos, abrigaba la esperanza de poner a los militares al servicio de su proyecto político. En cualquier caso, la decisión tuvo dos consecuencias graves. En primer lugar, generó descontento entre los oficiales que se oponían a que las Fuerzas Armadas integraran el gobierno (de hecho, los militares se mantuvieron en el gabinete menos de seis meses). En segundo lugar, mostró a un presidente que, en lugar de buscar acuerdos con los partidos, intentaba apoyarse en las Fuerzas Armadas. Poco después, otros actores políticos estarían haciendo lo mismo.

El año 1972 terminó en un bloqueo. Las expectativas de salida estaban puestas en las elecciones legislativas de mitad de período, que debían realizarse el 4 de marzo de 1973. Pero las elecciones no aportaron ninguna solución. En un clima de polarización creciente, el gobierno obtuvo el 43,4 por ciento de los votos y la

## historiareciente

11/25

Una serie de 25 fascículos publicada por el diario *El País* con el apoyo del Centro de Estudios Jean-François Revel.

Dirección de proyecto  
**Pablo da Silveira**

Investigación y redacción  
**Pablo da Silveira**  
**Francisco Faig**  
**Félix Luna**  
**Enrique Mena Segarra**  
**Martín Peixoto**

Asistente  
**José López**

Fotografías  
**Archivo de El País**

Diseño gráfico, armado y corrección  
**Trocadero**

Publicación  
**El País**

Impreso en El País  
Depósito legal: 334.251



oposición el 54,7 por ciento. El gobierno festejó su crecimiento electoral de casi el 7 por ciento, lo que no era poco en medio de tantas dificultades. La oposición pudo seguir sosteniendo que la mayoría absoluta estaba contra el socialismo. Pero el presidente seguía sin mayoría propia y la oposición no había logrado los dos tercios necesarios para destituir al presidente. Muchos concluyeron que ya no había una salida institucional.

La situación del país era preocupante. El gasto público estaba descontrolado y la economía se estaba contrayendo (acumularía una caída del 3,6 por ciento al cabo del año). La inflación iba camino a superar el 600 por ciento anual. La producción de alimentos caía. El déficit comercial era de 400 millones de dólares y la búsqueda de fondos frescos había convertido a Chile en uno de los países más endeudados del mundo. El 10 de mayo, los mineros de Chuquicamata iniciaron una huelga que duraría 74 días y afectaría la producción de cobre.

Allende tenía cada vez más dificultades para gobernar. Mientras el presidente insistía en su voluntad de respetar la Constitución y las leyes, sus bases tomaban fábricas y tierras. Desde 1972 se arrastraba un conflicto entre el Poder Ejecutivo y la Suprema Corte de Justicia, que llevó a que los trece miembros de la Corte denunciaran una campaña contra la institución. La prensa partidaria alimentaba el clima de confrontación. El 29 de junio de 1973, un regimiento blindado atacó el palacio presidencial de La Moneda. El levantamiento fracasó, pero hubo dos horas de combate. Esa noche, en un acto convocado por la UP, el gobierno llamó a los trabajadores a tomar las fábricas. Los militares entendieron que se los estaba convocando a organizar una resistencia armada. Allende reunió a los generales del ejército y les pidió su respaldo, pero solo cuatro de los catorce accedieron. Para los militares estaba en cuestión el monopolio del uso de las armas.

En los días siguientes, el cardenal Raúl Silva Henríquez intentó una mediación entre el gobierno y la Democracia Cristiana. El presidente Allende y el dirigente Patricio Aylwin negociaron durante horas sin llegar a ningún acuerdo. Las condiciones que exigían los democristianos implicaban un abandono del programa de gobierno de la Unidad Popular. Del otro lado, el Partido Socialista amenazó con abandonar la coalición. Las conversaciones se interrumpieron el 13

de agosto. Ese mismo día, 60 mil conductores de ómnibus y taxis se sumaron a una nueva huelga de camioneros que se prolongaba desde el 26 de julio.

Allende volvió a recurrir a los militares y formó un gabinete de “seguridad nacional” integrado por los comandantes de las tres armas y el director de carabineros. Al mismo tiempo anunció que, si la huelga no se levantaba, se iniciaría la confiscación de vehículos. La huelga no se interrumpió y, entre el 16 y el 18 de agosto, se realizaron dos mil confiscaciones. Dos días después fue interpelado el ministro de Transporte. Allende lo sustituyó por un general.

El 22 de agosto de 1973, a iniciativa de la Democracia Cristiana, la Cámara de Diputados proclamó que la política del gobierno era inconstitucional y llamó a los militares a terminar con esa situación. Los comandantes del ejército y la fuerza aérea presentaron renuncia. Allende nombró como comandante del ejército a un general que era considerado leal y apolítico en los círculos del gobierno. Se llamaba Augusto Pinochet. El 7 de agosto, los mandos de la armada acusaron a treinta y tres marinos de querer secuestrar dos barcos de guerra. También afirmaron que los arrestados habían involucrado en sus declaraciones a las cúpulas del MIR, el MAPU y el Partido Socialista. Como respuesta a la denuncia, el secretario general del PS, Carlos Altamirano, llamó a los reclutas a sublevarse. En un discurso que tendría enormes consecuencias, Altamirano dijo: “El golpe reaccionario se ataja golpeando al golpe; no se ataja conciliando con los sediciosos. No se combate con diálogos el golpe, sino con la fuerza del pueblo, de sus comandos industriales, de sus consejos campesinos, su organización. Y la guerra civil se ataca creando un verdadero poder popular”. El discurso desató un pedido de desafuero.

Las cosas estaban peor que nunca y Allende decidió poner en práctica una idea que venía postergando desde 1970: llamar a un referéndum que le diera poderes especiales. El 10 de setiembre informó a Pinochet que haría pública la convocatoria. En cuanto el general comunicó la noticia a sus pares, los militares decidieron adelantar el golpe que tenían previsto para el 18 de setiembre.

En la madrugada del 11, la marina tomó los puntos estratégicos de Santiago. Allende se enteró a las 7 de la mañana y se trasladó al Palacio de La Moneda con su guardia personal. A las nueve menos

cuarto, tres radios transmitieron un mensaje de la Junta Militar que exigía la renuncia de Allende. De lo contrario, la sede presidencial sería atacada. Allende respondió que no renunciaba.

Hacia las diez de la mañana llegaron los primeros tanques. Poco después Allende hizo su último discurso por radio. Un primer ataque con fuerzas terrestres fue resistido por la guardia del presidente. A las 11.52, aviones de la Fuerza Aérea bombardearon el edificio. La Moneda se incendió, pero los combates continuaron. A las dos de la tarde, el ejército consiguió entrar. Todos los defensores se entregaron, menos Allende. Según su médico personal, se suicidó con un disparo de metralleta. En las horas siguientes habría miles de muertos y unos 80 mil detenidos. Era el inicio de una de las dictaduras más feroces que conoció el continente.

Algunos han sostenido que el gobierno de Allende cayó debido a la intransigencia de la oposición. Y es cierto que Allende enfrentó una oposición hostil, que no dudó en bloquearlo ni en buscar el apoyo de los militares. Pero las cosas no fueron así desde el principio. Allende fue presidente porque tuvo el respaldo parlamentario de la Democracia Cristiana. En su primer año de gobierno, consiguió que el parlamento votara por unanimidad la ley de estatización de las compañías mineras. En tres momentos del año 1972, la Democracia Cristiana encargó a Radomiro Tomic (un viejo amigo personal del presidente) gestiones para lograr un acuerdo. Pero, como el propio Tomic declaró en julio de ese año, la estrategia de la Unidad Popular era empujar a la Democracia Cristiana hacia la derecha para provocar un quiebre y quedarse con su ala progresista. Allende tuvo una oposición intransigente, pero al menos en parte eso fue su propia obra.

Otros han sostenido que Allende cayó como resultado de la intervención de la CIA. Y es un hecho que la CIA estuvo presente. Antes de las elecciones de 1970, tanto la CIA como la empresa de telecomunicaciones ITT volcaron importantes sumas de dinero en la campaña de Alessandri. Luego de la elección, incitaron a los militares a dar un golpe. En los años siguientes, la CIA volcó unos 7 millones de dólares en el financiamiento de organizaciones opositoras.

Pero no solo la CIA estaba en Chile, sino todos los actores importantes de la Guerra Fría. El KGB soviético contribuyó a financiar cada campaña electoral de Allende desde 1952. Sus archivos mues-



tran que Allende fue durante décadas un “contacto sistemático” o un “contacto confidencial” al que se le asignó el nombre clave de “Líder”. Durante la campaña de 1970, el KGB aportó 400 mil dólares al Partido Comunista y otros 50 mil para uso personal de Allende. En los años siguientes hubo más entregas personales. El KGB también entregó centenares de miles de dólares a órganos de prensa afines al Partido Comunista. Tanto la Unión Soviética como Cuba, Alemania del Este y Checoslovaquia aumentaron el personal militar de sus embajadas durante los años de Allende. Pero el hecho más notorio fue la visita que realizó Fidel Castro a fines de 1971. La visita iba a durar diez días, pero se extendió del 10 de noviembre al 4 de diciembre. Durante su estadía, Fidel le regaló una metralleta a Allende y un modelo idéntico al principal dirigente del MIR. Las arengas revolucionarias que realizó en esos días comprometieron seriamente la imagen del gobierno. Hoy se sabe que había molestias en el propio entorno de Allende.

El intento de construir una vía chilena al socialismo convirtió a ese país en un importante escenario de la Guerra Fría. La CIA intervino y también lo hicieron muchos otros. Por otra parte, aun cuando la CIA haya querido influir, difícilmente hubiera podido movilizar a los centenares de miles de chilenos que participaron de las huelgas. La carestía, la inflación descontrolada y la prepotencia de los grupos armados que actuaban en nombre del gobierno le hicieron más daño a Allende que los más oscuros agentes encubiertos.

Finalmente, se ha dicho que el fracaso de la Unidad Popular se debió al bloqueo económico que le impuso Estados Unidos. Y es verdad que Estados Unidos cortó los créditos a Chile, presionó a sus aliados para que no compraran cobre chileno e influyó sobre instituciones como el BID o el Banco Mundial. Pero la hostilidad del gobierno de Nixon solo sirvió para diversificar las fuentes de financiamiento. La deuda externa chilena pasó de 2,6 a 3,5 mil millones de dólares entre 1970 y 1973. En el momento de su caída, Allende disponía de créditos a corto plazo por un monto que era dos veces y media superior al que tenía cuando asumió. Las tasas que debía pagar eran más altas, pero el riesgo había aumentado.

El problema que destruyó al gobierno de Allende era interno y era político: se

trata de la desproporción entre los objetivos buscados y el respaldo ciudadano con que contaba. Allende era un político experimentado y entendía el problema, pero no pudo solucionarlo: todo intento de acordar con la oposición conducía a conflictos dentro de la coalición de gobierno, y casi cualquier decisión orientada a mantener la unidad de la coalición tenía el efecto de encrespar a la oposición.

Allende creyó durante algún tiempo que su experiencia política y su encanto personal le permitirían sortear esos peligros. Pero la tarea resultó imposible. Según algunos analistas, Allende vio con claridad lo que ocurría pero no aceptó ninguna de las dos salidas fáciles que tenía: abandonar totalmente la legali-

dad, como proponían el MIR y buena parte de su propio partido, o buscar un acuerdo parlamentario al precio de romper la Unidad Popular. Víctima de la polarización política que él mismo había contribuido a crear, adoptó finalmente una actitud de tragedia griega: supo cuál sería su destino, pero no hizo nada para evitarlo. Para sus defensores, fue un héroe del socialismo democrático que dio la vida por sus ideas. Para sus críticos, fue un presidente que decidió ignorar las reglas básicas del arte de gobernar, ya sea por debilidad de sus convicciones democráticas o porque sobreestimó su capacidad de maniobra. En cualquier caso, aun los peores errores que haya cometido no justifican lo que ocurrió. ■

## BIBLIOGRAFÍA

**Andrew, Christopher y Mitrokhin, Vasili:** *The World Was Going Our Way. The KGB and the Battle for the Third World*. Nueva York, Basic Books, 2005.

**Angell, Alan:** *Chile 1958-1990*. En Leslie Bethell (ed.): *Historia de América Latina de la Universidad de Cambridge* (Tomo XV). Barcelona, Crítica, 2002, pp. 255-312.

**Brandenburg, Frank:** *The making of modern México*. N. Jersey, Prentice Hall, 1964.

**Castañeda, Jorge:** *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*. México, Alfaguara, 1999.

**De Riz, Liliana y Torre, Juan Carlos:** *Argentina 1946-1990*. En Leslie Bethell (ed.): *Historia de América Latina de la Universidad de Cambridge* (Tomo XV). Barcelona, Crítica, 2002, pp. 60-155.

**Drake, Paul:** *Chile 1930-1958*. En Leslie Bethell (ed.): *Historia de América Latina de la Universidad de Cambridge* (Tomo XV). Barcelona, Crítica, 2002, pp. 219-254.

**Edwards, Jorge:** *Persona non grata*. Barcelona, Plaza & Janes, 1985.

**Falcoff, Mark:** *Modern Chile, 1970-1989. A Critical History*. New Brunswick y Londres, Transaction Publishers, 1991.

**Gaddis, John L.:** *The Cold War. A New History*. Nueva York, Penguin, 2005.

**Graham-Yooll:** *De Perón a Videla*. Buenos Aires, Legasa, 1989.

**Haynes, Jeff:** *Third World Politics*. Oxford, Basil Blackwell, 1996.

**Hook, Steven y Spanier, John:** *American Foreign Policy since World War II*. Washington, CQ Press, 2007.

**Hobsbawm, Eric:** *Historia del Siglo XX*. Barcelona, 1995.

**Hook, Steven y Spanier, John:** *American Foreign Policy Since World War II*. Washington, Congressional Quarterly Press, 2007.

**Kinzer, Stephen:** *Overthrow. America's Century of Regime Change, From Hawaii to Iraq*. Nueva York, Times Books, 2006.

**Krauze, Enrique:** *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. Barcelona, Tusquets, 1997.

**Luna, Félix:** *Perón y su tiempo* (3 tomos). Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

**Luna, Félix:** *Historia Integral de la Argentina. Tomo 9: Conservadores y peronistas*. Buenos Aires, Planeta, 1997.

**Luna, Félix:** *Historia Integral de la Argentina. Tomo 10: El largo camino a la democracia*. Buenos Aires, Planeta, 1997.

**Moya, Frank:** *La República Dominicana, 1930-1990*. En Leslie Bethell (ed.): *Historia de América Latina de la Universidad de Cambridge* (Tomo XIII). Barcelona, Crítica, 1998, pp. 228-266.

**O'Donnell, Guillermo:** *Estado y alianzas en Argentina, 1956-1976*. Desarrollo Económico, XVI, 64 (1977).

**Preston, Julia y Dillon, Samuel:** *Opening Mexico. The Making of a Democracy*. Nueva York, Farrar, 2004.

**Rock, David:** *Argentina 1930-1945*. En Leslie Bethell (ed.): *Historia de América Latina de la Universidad de Cambridge* (Tomo XV). Barcelona, Crítica, 2002, pp. 3-59.

**Rojas, Mauricio:** *Historia de la crisis argentina*. Buenos Aires, Cadaf, 2004.

**Schlesinger, Stephen y Kinzer, Stephen:** *Bitter Fruit. The Story of the American Coup in Guatemala*. Harvard, Mass. Harvard University Press, 1990.



## Perón: una visión desde Argentina

Por Félix Luna

El retorno de Perón en 1972/73 a la Argentina es un caso raro en la historia latinoamericana. Solo Velasco Ibarra y Getulio Vargas se le asemejan formalmente. Pero no es poca cosa que un gobernante que debe abandonar su país solo y vilipendiado, regrese dieciocho años después aclamado por una inmensa mayoría.

Fue un fenómeno muy complejo el de esta transición política, que comprende desde el recuerdo de los años felices transcurridos bajo la hegemonía de Perón, hasta la torpeza del gorilismo que, con matices, prolongó su acción desde la Revolución Libertadora hasta Lanusse.

Sea como fuere, cuando Perón volvió, se había convertido en un mago que resolvería todos los problemas, daría satisfacción a todos los sectores, mediaría exitosamente en todos los conflictos. Una vez más, Perón fue acompañado por la suerte: murió antes de que la radical contradicción de sus apoyos (juventud peronista versus sindicatos) llegara a su crisis. Fue la misma suerte que, en último análisis, tuvo en 1955, cuando su derrocamiento lo salvó de verse obligado a hacer las drásticas rectificaciones que reclamaba urgentemente su política económica. Suerte que le venía de lejos, puesto que en 1946, cuando asumió la presidencia, la Argentina era acreedora de Gran Bretaña, le sobraban divisas y vivía un estado de plena ocupación.

Pero la "fortuna" no siempre militó al lado de la "virtú". Perón fue excesivamente duro con sus opositores y le importaron poco las instituciones y las libertades públicas: tardó dieciocho años, los de su exilio, en entender los beneficios de la tolerancia y el pluralismo. Pero también hay que reconocer que, no obstante el retroceso de los usos republicanos bajo su hegemonía, Perón dio un impulso al igualitarismo y al sentido democrático de la vida.

Perón cayó en 1955 porque sus arbitrariedades y contradicciones lo fueron aislando cada vez más de sustentación



△ Perón y Evita en su mejor hora: al fondo, muy joven, el futuro dictador Videla.

real. En cambio, en 1972/73 Perón contaba con demasiados apoyos. Eso tornaba endeble sus fundamentos políticos, erosionados por conflictos sin solución razonable. Él mismo los había buscado, mimado y consentido. Y cuando asumió por tercera vez la presidencia, no supo qué hacer con esas pesadas cargas, cada vez más incontrolables.

No es injusto suponer que, de haberse prolongado su vida, Perón habría actuado igual que Videla: el atroz rol que jugó la Triple A en vida del líder así lo acredita. Una vez más, la muerte ahorró ese sucio trabajo en aras de su imagen, y hoy la historia acusa a los militares del Proceso de los mismos delitos que, probablemente, hubiera perpetrado el líder justicialista.

Es un extraño caso, el de Perón. Probablemente su figura provocará análisis y polémicas más largas y apasionadas que las que encendieron Rosas o Sarmiento. Porque todo en Perón es debatible. Fue

un dictador, pero democráticamente elegido. Se burló de las libertades públicas, pero dentro del marco legislativo que un congreso adicto le había votado. Planteó una "tercera posición" que en los hechos nunca cumplió. Durante su exilio pareció radicalizarse, pero nunca al extremo de alarmar a Estados Unidos. Fue un político tan eximio como inescrupuloso.

Con sus errores y pecados, con sus logros y aciertos, Perón es un tramo indispensable de nuestra historia contemporánea, una etapa cuyos efectos siguen teniendo vigencia en la política argentina. Aunque solo fuera por esto, su memoria merece nuestro respeto. ■



Los Estados Unidos desde Nixon a Reagan

PRÓXIMO FASCÍCULO

12/25

Los Estados Unidos desde Nixon a Reagan

historiareciente



**Félix Luna** es uno de los historiadores más reconocidos de Argentina. Fundador y director de la revista *Todo es Historia*, publicación de divulgación histórica que sale desde hace 40 años. También es autor de *El 45*, la trilogía *Perón y su tiempo*, *Soy Roca* y la *Historia integral de los argentinos*, entre otros. Con Ariel Ramírez compuso la letra de *La Navidad Nuestra*, *Mujeres argentinas* y *Cantata Sudamericana*. Es miembro de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia Nacional de Ciencias Políticas de Argentina.